

**ABRIENDO LA 'CAJA NEGRA' DE LA GUERRA CIVIL: MECANISMOS Y
VARIACIONES DEL TERROR EN COLOMBIA. EL CASO DE LAS FARC**

CAMILO NIETO MATIZ

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA
BOGOTÁ D.C.
2009**

**ABRIENDO LA 'CAJA NEGRA' DE LA GUERRA CIVIL: MECANISMOS Y
VARIACIONES DEL TERROR EN COLOMBIA. EL CASO DE LAS FARC**

CAMILO NIETO MATIZ

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR EL TÍTULO DE POLITÓLOGO

**DIRECTOR DE TESIS
ANDRÉS CASAS CASAS**
Político

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA
BOGOTÁ D.C.
2009**

**ABRIENDO LA 'CAJA NEGRA' DE LA GUERRA CIVIL: MECANISMOS Y
VARIACIONES DEL TERROR EN COLOMBIA. EL CASO DE LAS FARC**

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR EL TÍTULO DE POLITÓLOGO

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA
BOGOTÁ D.C.
2009**

Agradecimientos

Le doy gracias a mi familia porque su constante apoyo y motivación ha logrado que esto sea posible. Ellos son y han sido mi única y más importante fuente de inspiración: sus ánimos, regaños y sonrisas fueron el motor que puso a correr esta investigación. Agradezco también a mi director Andrés Casas Casas, quien me orientó durante todo este proceso y cuyos consejos fueron esenciales. También a Teófilo Vásquez por algunos comentarios hechos a una versión anterior de esta investigación. Así mismo, estoy en deuda con quienes me he formado como politólogo. Las charlas con algunos de ellos han sido importantes para definir mi gusto por lo que más disfruto: la investigación.

Advertencia al Lector

Una apropiada lectura de la tesis debe incluir una atención constante a los anexos, en donde se incluyen a) la descripción extensa de los objetivos, b) las hipótesis o modelos de regresión que hicieron parte de la etapa inicial de la investigación, c) las tablas y gráficas que sustentan y complementan los capítulos. Por razones de espacio, las notas y aclaraciones no se hacen al pie de cada página, sino al final del documento.

Todas las traducciones del inglés al español son de mi autoría.

"¿Sabe qué?, —le soltó un campesino al uniformado— Aquí todo mundo creció con la idea de autoridad de la guerrilla. Tiene que venir otra generación que vea la autoridad en el ejército"

(Campesino de Cartagena del Chaira, Caquetá)

"La guerra parece que comenzó hace unos 10 años, porque una gente de San Juan Bosco no quiso colaborarle a la guerrilla, y la guerrilla dijo que habría guerra"

(Habitante de El Carmen de Chucurí, Santander)

"Nosotros le hacemos favor al que sea, a la policía a la guerrilla, a quien sea, ¿por qué?, porque a nosotros nos da miedo que ellos anden cargados de fusil. Si uno no les hace un favor tenga, sean éstos o sean los otros."

(Indígena Nasa de Toribío, Cauca)

"Las facciones de las FARC y el ELN empezaron a matar indígenas y campesinos porque decían que la gente estaba haciendo trabajo de inteligencia para el Estado."

(Indígena desplazado del Valle del Cauca)

"Según la información policial, un grupo de hombres entre ellos dos mujeres, llegaron a diversas viviendas de la región y tras sacar a los labriegos por la fuerza los fusilaron en presencia de varios testigos."

(Masacre de las FARC en Yacopí, Cundinamarca)

Tabla de Contenido

INTRODUCCIÓN.....	1
APROXIMACIÓN METODOLÓGICA.....	4
Obstáculos y Soluciones.....	4
Diseño Metodológico.....	5
¿QUÉ ES LO QUE SIGUE?.....	7
CAPÍTULO I. GUERRA CIVIL, VIOLENCIA Y TERROR.....	10
GUERRA CIVIL: SOBERANÍAS TRASLAPADAS.....	10
Violencia.....	15
EL USO DEL TERROR EN LAS GUERRAS CIVILES.....	17
El Uso del Terror como Recurso de los Actores.....	22
El Control de la Población Civil.....	23
La Apropiación de Territorios.....	23
La Sustracción de Recursos.....	24
La Política Gubernamental.....	24
CAPÍTULO II. GUERRA, ÓRDENES LOCALES Y GRUPOS ARMADOS EN COLOMBIA: MECANISMOS DEL USO ESTRATÉGICO DEL TERROR.....	26
EL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA: ACTORES, TIEMPO, TERRITORIOS.....	27
LA DIMENSIÓN LOCAL DE LA GUERRA: ACTORES ARMADOS Y ÓRDENES LOCALES.....	30
CUANDO LOS GRUPOS ARMADOS OPTAN POR EL TERROR: TRES MECANISMOS.....	34
Mecanismo # 1: El Incumplimiento de la Población Civil.....	35
Mecanismo # 2: Aprovechar las Oportunidades: La Influencia Política (local) de los Grupos Armados.....	37
Mecanismo # 3: La Disputa Territorial.....	39
ANALIZANDO LA VIOLENCIA: TEORÍA DE JUEGOS.....	41
CAPÍTULO III. LAS FARC Y EL USO DEL TERROR: ENTRE LO LOCAL Y LO NACIONAL.....	42
LOS NIVELES TERRITORIALES: OBJETIVOS DE LOS GRUPOS ARMADOS Y TERROR.....	43
Lo Local y lo Nacional.....	43
¿VARIACIONES DE LA VIOLENCIA?: ENTRE LO URBANO Y LO RURAL.....	47
LAS DINÁMICAS DEL TERROR: ALGUNAS VARIACIONES.....	49
1975-2004: Una Larga Trayectoria en el Campo y la Ciudad.....	51
Tácticas, Objetos, Escenarios: Dos Hipótesis.....	53
CAPÍTULO IV. CONCLUSIONES.....	58
NOTAS.....	63
BIBLIOGRAFÍA.....	68
ANEXOS.....	74

Tabla de Anexos

INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA

ANEXO A	74
OBJETIVOS	74
ANEXO B	75
HIPÓTESIS Y MODELOS	75

CAPÍTULO II

ANEXO C	78
GRÁFICAS	
Gráfica 1. Pie de Fuerza de las FARC (1964-2008).....	78

CAPÍTULO III

ANEXO D	79
GRÁFICAS	
Gráfica 1. Las FARC y el uso del Terror en Colombia (1975-2004).....	79
Gráfica 2. La Distribución Regional del Terror - FARC (1975-2004)	80
Gráfica 3. Escenario del Terror - FARC	80
Gráfica 4. El Terror en las Ciudades - FARC (1975-2004)	81
Gráfica 5. Las FARC y el Terror Urbano (1975-2004).....	81
Gráfica 6. Las FARC y las Tácticas de Terror (1975-2004).....	82
Gráfica 7. Las FARC y los Objetos del Terror (1975-2004).....	83
Gráfica 8. Ataques Armados según Objeto - FARC (1975-2004).....	83
Gráfica 9. Uso de Bombas según Objeto - FARC (1975-2004).....	84
Gráfica 10. Secuestros según Objeto - FARC (1975-2004).....	84
Gráfica 11. Asesinatos según Objeto - FARC (1975-2004).....	85
TABLAS	
Tabla 1. Tipo de Táctica según Escenario - FARC (1964-2008)	86
Tabla 2. Tipo de Objeto según Escenario - FARC (1964-2008)	87

Introducción

A pesar de que las guerras civiles han sido estudiadas considerablemente —en cuanto a sus causas, sus efectos y posibilidades de terminación—, las dinámicas y procesos que ocurren en su interior no han recibido la atención que merecen. Sólo recientemente se ha empezado a abrir la ‘caja negra’ de las guerras civiles y explorar la variación en los patrones de violencia, la construcción de instituciones y los procesos sociales (Wood, 2008). Al abrir la ‘caja negra’, las aparentes contradicciones de la guerra civil se van resolviendo y un mayor entendimiento se empieza a obtener. Un camino que sirve a estos propósitos es intentar analizar y dar cuenta de las dinámicas de la guerra civil a partir de sus *microfundamentos*, es decir, explicaciones sobre sus dinámicas en términos del comportamiento de los actores individuales y sus interacciones.¹ (Jannsen, 2006)

La guerra en Colombia provee un excelente caso: la larga duración, la diversidad de actores, la existencia de recursos para la financiación, y las dinámicas cambiantes de la violencia hacen que el caso colombiano merezca atención. De hecho, el conflicto armado en Colombia ha sido estudiado ampliamente desde diversas perspectivas y con diferentes métodos que subrayan factores tan diversos como la justicia, la debilidad del Estado, la impunidad y la cultura (Cfr. Gaitán y Montenegro, 2000). Sin embargo, no muchos han resaltado la importancia de conducir la investigación de la guerra en Colombia a un nivel micro, en donde los fundamentos sobre el comportamiento de los actores se articulen a datos cuidadosamente desagregados. (p.e. Restrepo, Spagat y Vargas, 2003; Gutiérrez, 2004).

Ante esto, esta investigación recurre al análisis de los microfundamentos para dar cuenta de una de las dinámicas endógenas de la guerra civil en Colombia: el terror desplegado por los grupos armados en contra de la población civil. Bajo una perspectiva que resalta tanto los aspectos *micro* como los *mecanismos* y *procesos*, el objetivo principal consiste en explicar por qué el terror es una estrategia empleada por los actores armados en las guerras civiles: en concreto, el uso del terror en Colombia por parte de las FARC. El interrogante central es: ¿Por qué y para qué las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) utilizan el

terror hacia el gobierno y la población en los niveles local y nacional? Para responder satisfactoriamente una pregunta como esta, la explicación debe dar cuenta de las variaciones de la violencia: por qué algunas veces los grupos armados deciden emplear el terror y otras veces deciden no hacerlo. Adicionalmente, los tres capítulos que siguen proceden de un modo tanto deductivo como inductivo² y tratan de responderse tres preguntas concretas: ¿qué relación existe entre los objetivos de los grupos armados en las guerras civiles y el uso de la violencia?, ¿qué mecanismos causales pueden dar cuenta del empleo del terror?, ¿qué variaciones pueden identificarse en el uso del terror según la dimensión local o nacional?

La investigación presenta un marco que puede ser aplicado para el análisis de cualquier grupo armado dentro de una guerra civil de tipo irregular, sin embargo, la escogencia de las FARC responde a su importante papel en la confrontación colombiana. Si bien no es posible afirmar que la historia de la guerra en Colombia pueda entenderse exclusivamente en función a la historia de las FARC, éste grupo ha sido lo suficientemente importante en la historia y política nacional como para dedicarle una investigación. El hecho de que se constituyan en uno de los grupos subversivos vigentes más antiguos del país; que se erijan como una gran organización política y militar; que cuenten con una extensa presencia en el territorio nacional; y tengan (o hayan tenido) una alta capacidad de combate y de despliegue de operaciones militares hace que el análisis de su actuación en la guerra, en relación con la población civil y el gobierno, sea importante y necesario.

El objetivo principal de la investigación, por lo tanto, consiste en explicar y describir el empleo del terror por parte de las FARC en los niveles local y nacional. Para cumplir este objetivo y responder las anteriores preguntas, resulta provechoso tomar como principal insumo teórico los microfundamentos de la guerra civil. Esta perspectiva, relativamente nueva en las ciencias sociales, busca estudiar las dinámicas de la guerra civil —sean violentas o no— a partir de explicaciones y premisas sobre el comportamiento de los actores y sus interacciones. Esto, en otras palabras, significa que el ‘individualismo metodológico’ es el principio que sustenta dicha perspectiva, ante la creencia de que las acciones individuales son un gran insumo para entender los fenómenos sociales y políticos, tales como la violencia en las guerras civiles. (Elster, 2007)

De haber tomado una perspectiva estructuralista, por ejemplo, se habría propuesto explicar las variaciones de la violencia, de una región con respecto a otra, a partir de los procesos de poblamiento, el tipo de propiedad agraria, y la inserción a la economía y política nacional. (p.e. González, Vásquez y Bolívar, 2002) Por el contrario, esta investigación adopta la perspectiva de los microfundamentos, lo que implica prestar importante atención a supuestos sobre la forma en que los individuos, dentro de ciertos contextos de oportunidades y restricciones, se comportan en determinadas situaciones y en relación con otros individuos. Vale aclarar que los microfundamentos de la guerra civil es una propuesta alternativa que no pretende restarle la validez a orientaciones teóricas y metodológicas de otra índole, tan solo se propone entender algunos patrones de la guerra, a partir de las premisas del comportamiento individual y las interacciones entre los actores.

En términos precisos, el punto de vista de los microfundamentos de la guerra civil opta por propiciar un cambio en la forma en que son realizados los análisis y las interpretaciones de las dinámicas sobre las confrontaciones armadas. Desde un punto de vista *metodológico*, no solamente procura recurrir al uso de datos desagregados, sino que también busca la articulación de varios métodos y el uso de estrategias tanto inductivas como deductivas. Desde un punto de vista *teórico*, se acude a premisas sobre el comportamiento individual y sus interacciones —racionalidad y comportamiento estratégico, por ejemplo— con el fin de generar explicaciones sobre la variación en los patrones de la guerra. Adicionalmente, insiste en la incorporación explícita de la dimensión sobre el tipo de confrontación —irregular o convencional. Sostiene y muestra cómo el tipo de disputa militar moldea los incentivos, objetivos e identidades de los actores presentes en la guerra. Un objetivo, entre otros, es obtener un buen ajuste entre teoría y datos y evitar las interpretaciones problemáticas como la de Paul Collier y Anke Hoeffler (1999). El modelo de estos autores es un claro ejemplo de cómo el manejo agregado de los datos ha evitado la identificación de mecanismos causales al nivel individual: el estudio de variables macro (exportaciones de bienes primarios, PIB per cápita) han puesto la *codicia* como el mecanismo elemental de la guerra civil, sin ofrecer una explicación coherente sobre sus mecanismos y procesos. Al respecto, Gutiérrez (2003) afirma que si bien algunas guerras son típicamente codiciosas —siendo Colombia un caso

emblemático— “los mecanismos que traducen la motivación en acción, en los ámbitos de la rebelión y el crimen organizado, son muy diferentes.”

La aplicación y discusión de estos elementos se discuten en el apartado referente a la aproximación metodológica, así como en el Primer Capítulo. Por otro lado, se ha procurado ser cuidadoso con la noción de terror pues, semejante al concepto de guerra civil, las referencias a dicho concepto han sido bastante debatidas. Por lo general, se hará uso de las palabras terrorismo y terror indistintamente, aunque se prefiere utilizar esta última, en tanto que la primera tiende a invocar, muchas veces, juicios políticos que obstaculizan el análisis riguroso y científico de la política.³ Para Tilly (2004), el terror es un despliegue asimétrico de la violencia y las amenazas: en últimas, el terror, es una estrategia que denota una asimetría entre la táctica y el objeto de la violencia.

Aproximación Metodológica

Una explicación y comprensión sobre cualquiera de las modalidades de la violencia que pretenda ser satisfactoria y rica en semejanzas con la realidad, no puede recurrir a un solo camino investigativo. Puede hacerlo, sin embargo, cuando tan solo se propone hacer una descripción somera y ligera sobre el fenómeno en estudio. Esta investigación se aparta del monismo metodológico y busca cumplir sus objetivos a partir de la articulación de varios caminos de investigación: a grandes rasgos, se fundamenta en el uso de métodos, tanto cuantitativos como cualitativos, que permiten identificar los mecanismos que puedan dar cuenta del uso del terror por parte de las FARC en Colombia.

Obstáculos y Soluciones. Es preciso señalar que en el curso de esta investigación fueron detectadas varias falencias en el diseño metodológico inicial. Primero, tal y como estuvo planteada al comienzo, la investigación presentaba problemas de *inferencia ecológica* pues trataba de explicar acciones individuales —aún más cuando la investigación parte de la racionalidad y el comportamiento estratégico— a partir de datos sumamente agregados.⁴ Esto se debe a que, desde un comienzo, destaqué la importancia de desarrollar modelos de regresión que permitieran identificar las condiciones bajo las cuales podían aparecer actos de terror en el país.⁵ En segundo lugar y en relación con lo anterior, se estaba haciendo un énfasis bastante acentuado en la dimensión *macro* del terror. Al concentrarse en este nivel

de observación —que descuida la dimensión *micro* de la violencia—, no era posible distinguir los diferentes usos del terror, captar las diferencias regionales y sobre todo, no era capaz de encontrar los mecanismos que los datos agregados no pueden revelar.⁶ Tercero, se pensaba que el uso del terror era un fenómeno con dominios causales únicos que lo distinguían tajantemente del resto de fenómenos violentos. Por el contrario, como insiste Tilly (2005, 2007), al estudiar la violencia con profundidad puede apreciarse que varios fenómenos violentos comparten los mismos mecanismos causales.

Ante estos obstáculos, el intento por subsanar dichas falencias permitió obtener mayores ventajas en la explicación. En este sentido: (a) se abandonó la actitud de darle a las regresiones el peso tan preponderante y se ha procurado unir con otros instrumentos de análisis; (b) se descubrió la necesidad de abordar el problema teniendo en cuenta, no solamente sus aspectos ‘grandes’, sino también las *microdinámicas* que lo explican; (c) se reconoció que el uso del terror podía *no* tener un dominio causal único sino que comparte, junto a otro tipo de prácticas, las mismas regularidades y procesos. Por eso, además, inserté explícitamente en la discusión teórica, la cuestión de la guerra civil con el fin de enmarcar el uso del terror en una situación de la que emerge un número bien amplio de prácticas violentas de carácter endógenas. La mirada que opta (y aspira obtener) esta investigación se basa en la exploración de procesos que tienen lugar en las dimensiones más localizadas posibles. Al hacerlo, repara la abismal distancia entre teoría y datos, propia de estudios como el de Collier y Hoeffler (1999), y aprovecha la posibilidad de encontrar mecanismos y microfundamentos. Este tipo de aproximación, *las microdinámicas de la guerra civil*, es un nuevo programa de investigación que, integrando el análisis del control territorial y la utilización de datos cuidadosamente desagregados a nivel subnacional, recurre a métodos propios de las ciencias sociales —encuestas, georeferenciación, trabajo de campo, datos cuantitativos, fuentes archivísticas—, con el fin de encontrar los mecanismos y procesos que dan lugar a diversas dinámicas de la guerra (Kalyvas, 2007).

Diseño Metodológico. Como eje central, considero las acciones humanas teniendo en cuenta su carácter racional y estratégico. Esto quiere decir que los actores políticos tienen preferencias ordenadas sobre un conjunto determinado de alternativas y que procuran, la mayoría de veces, escoger aquella que más utilidad les reporte. Todos los actores actúan de

esa forma y casi siempre interactúan entre sí. Por esta sencilla razón, dichos actores deben actuar de manera estratégica, en tanto las acciones de uno innegablemente afecta las acciones y estado del otro. En otras palabras, actuar de manera estratégica implica anticipar las acciones de otros jugadores con el fin de determinar la mejor elección propia. (McCarty y Meirowitz, 2007) Varios estudios sobre el comienzo de las guerras civiles, (Collier y Hoeffler, 1999) la violencia en las guerras civiles (Kalyvas, 2006), sus efectos políticos y económicos, y los procesos posteriores a la terminación de la guerra (Doyle y Sambanis, 2000) han sido abordados desde esta mirada que, cada vez más, penetra el campo de las ciencias sociales. Los autores que han investigado estos temas han desarrollado teorías y modelos que emplean como herramienta heurística el supuesto de racionalidad individual. Este es el supuesto básico que utiliza esta investigación. Esto no significa, a pesar de todo, que pretenda formular un modelo sobre el uso del terror por parte de actores insurgentes, solamente que servirá como guía y *carta de navegación* adicional a los planteamientos expuestos en el Capítulo 1.

Adicionalmente, hice uso de fuentes secundarias, tales como libros, artículos y ponencias, sobre los aspectos más sobresalientes de la política y el conflicto colombiano. Junto a esto, recurrí a la literatura especializada en terrorismo y guerra civil. Estas dos fuentes fueron esenciales para articular la realidad colombiana de la guerra con los planteamientos teóricos que se han realizado en el campo de la violencia. Por otro lado, hice una revisión de prensa, haciendo énfasis en noticias sobre las acciones armadas de las FARC y cuyo impacto se diera tanto a nivel nacional como local. Esta fuente archivística fue tomada del archivo de prensa especializado del CINEP (Centro de Investigación y Educación Popular), pero dado que la prensa no constituyó el instrumento principal de recolección de evidencia empírica, no seguí una regla estricta sobre su uso. Más bien, la prensa sirvió como un insumo para familiarizarse con las prácticas de la violencia llevadas a cabo por las FARC en algunas regiones y observar ciertos patrones de acción armada que llamaron la atención.

Por último, recogí datos cuantitativos sobre eventos de terror que especifican tácticas, blancos de ataques, fechas y lugares del mismo, entre otras. Los datos en crudo sobre terrorismo —sistematizados por el proyecto START GTD— se encuentran en dos archivos (*datasets*) distintos (1975-1997 y 1998-2004) y, aunque tienen la desventaja de diferir entre

sí en cuanto a la información de ciertas variables incluidas y las reglas de codificación, su combinación da como resultado una serie de 29 años que puede arrojar luces sobre la evolución del uso del terror por parte de los grupos armados en el país. Esta base de datos no se utilizó para las regresiones, sino que constituyeron un insumo básico para observar cuestiones como el objeto, la táctica, la fecha y el lugar del incidente. Dos razones explican por qué se decidió abandonar las regresiones lineales. En primer lugar, no se pudo disponer de una variable sobre el control territorial, la cual, como indica Kalyvas (2007), es indispensable para explicar la violencia en las guerras civiles. De haber pretendido modelar la violencia sin dicha variable hubiera dado lugar al ‘sesgo por variables omitidas’, uno de los mayores problemas en los modelos de regresión.⁷ En segundo lugar, si bien las variables (democracia, represión, crecimiento, elecciones) que serían introducidas al modelo tienen un fuerte asidero teórico en algunas investigaciones sobre el uso del terror (Kurrild-Klitgaard, et al. 2005; Abadie, 2004; Krueger, 2007) para este caso no parecen mostrar la misma capacidad predictiva.⁸ A mi parecer, dichas investigaciones parten de supuestos débiles sobre el tipo de confrontación en la que se sitúa la violencia: estos trabajos toman en su muestra un número bastante amplio de casos y no distinguen los países que disputan una guerra interna de aquellos que no lo hacen. Así, mantienen en los modelos casos tan distantes como el de las FARC y Al Qaeda que pueden sesgar los resultados. Al no hacer esta distinción se desconoce que, aunque el uso del terror puede tener manifestaciones similares en ambos casos, las dinámicas que impone la guerra hacen que el uso del terror deba ser analizado a la luz de los objetivos que los grupos armados tienen en relación con el control del territorio y la población. Estos dos elementos y el intento de más de dos grupos armados por controlarlos están ausentes en países sin guerra civil.

¿Qué es lo que sigue?

En lo que sigue, se hace un intento por dar cuenta de por qué en las guerras civiles irregulares los actores armados acuden al terror de manera recurrente: el caso colombiano—especialmente el papel de las FARC— será estudiado. Sin duda alguna, existe en Colombia un cuerpo bastante sólido de literatura que describe y explica varios fenómenos del conflicto armado. Un punto favorable de esta literatura, vista en conjunto, es la multiplicidad de aproximaciones que existen: desde literatura testimonial, pasando por investigaciones históricas y estructuralistas, hasta estudios que optan por métodos econométricos y modelos

formales de teoría de juegos. Esta investigación busca hacer una contribución al campo de la violencia, sin embargo, pretende alejarse de ciertos estudios, y en otras palabras, hacer algunos aportes en dos sentidos. En *primer* lugar, quiere proponer un argumento en contra de aquellos autores (Pécaut, 1999 ; Lair, 1999) que desconocen el carácter de 'guerra civil' del conflicto armado colombiano. Estos autores esgrimen que el caso colombiano no puede considerarse como guerra civil porque los actores armados colombianos han venido dirigiendo su violencia, cada vez más, en contra de la población civil. Además, sostienen que el hecho de que la población no haya tomado bando activamente por ninguno de los actores armados indica la ausencia de su carácter 'civil'. Esta investigación muestra, por el contrario, que las guerras civiles irregulares se caracterizan por ser escenarios en donde la violencia es dirigida especialmente sobre los civiles, quienes a propósito, no suelen participar activa y voluntariamente como combatientes. En *segundo* lugar, la investigación quiere estudiar la violencia vista desde la interacción entre los grupos armados que la producen y la población civil que la recibe: se aparta de estudios que se centran en la violencia de los combates armados entre los diferentes grupos. En otras palabras, aunque la violencia es su principal interés, la investigación no se pregunta sobre la dimensión militar (y general) del conflicto, sino sobre un aspecto específico: el terror.

Esta investigación, entonces, se organiza de la siguiente manera. En el Capítulo 1, establezco la base teórica y conceptual de la argumentación, intentando establecer una relación entre las guerras civiles y el despliegue del terror. El camino para hacerlo es considerar el carácter irregular de las guerras como un elemento definitivo para entender los objetivos de los grupos armados y su conexión con el uso de la violencia. En el Capítulo 2, el énfasis es puesto exclusivamente en la dimensión local de la guerra —aquella dimensión en donde los grupos armados buscan un control sobre el territorio y la población. Allí, luego de describir algunos problemas y dinámicas locales de las guerras civiles —con información sobre las FARC en Colombia— identifico y analizo tres mecanismos que pueden explicar el uso del terror por parte de los grupos armados. Vale mencionar que dichos capítulos delinean un marco general que puede ser aplicado no solo a las FARC, sino también a otros grupos armados como el ELN y los paramilitares. Sin embargo, como se verá en el capítulo 2 y especialmente en el 3, la evidencia se refiere a las FARC. Así, en el Capítulo 3, intento dar cuenta de las variaciones en el uso de la violencia a partir del nivel territorial (local o

nacional), para lo cual tomo datos sobre el uso del terror por parte de las FARC, en el periodo 1975-2004. En el Capítulo 4, establezco algunas conclusiones.

Capítulo I. Guerra Civil, Violencia y Terror

¿Qué relación existe entre el terror y la guerra civil? Algunas veces, suele hablarse de uno y otro como si sus mecanismos y procesos fueran idénticos. Otras veces, se prefiere hacer separaciones tajantes sin ver las similitudes y conexiones entre sí.¹ Aún cuando los grupos armados cuentan con un amplio repertorio de acciones —en relación con la población civil y sus rivales militares— no siempre recurren a la violencia. Es el interés de este capítulo, sin embargo, centrarse en las acciones violentas de los grupos armados y, en concreto, mostrar la regularidad del terror en las guerras irregulares.

El objetivo de este capítulo no es el de elaborar una discusión extensa sobre la definición conceptual y operacional de la guerra civil, sino por el contrario resaltar sus elementos más importantes y los objetivos que los grupos armados tienen y buscan en dichas confrontaciones. La línea argumentativa contempla el carácter irregular de las guerras civiles —caracterizadas por la escasez de combates frontales y ausencia de líneas de frente— en tanto que sus elementos son determinantes para entender las dinámicas, violentas o no, que ocurren en su interior.² (Kalyvas, 2006) Sobre la base de dicha discusión, el propósito consiste en establecer el vínculo entre las guerras civiles, los objetivos de los grupos armados, y el uso de la violencia sobre la población civil. Así, el capítulo trata de abordar la guerra civil, la violencia y el terror —visto desde conjunto y no de manera desconectada— con el fin de soportar los argumentos de la investigación y ahondar en sus supuestos.

1. Guerra Civil: soberanías traslapadas

La guerra civil llama la atención porque, como piensan muchos, dibuja un cuadro saturado de crimen y violencia en el que los ejércitos se enfrentan militarmente, dirigiendo sus ataques únicamente entre sí, y sin involucrar la población civil. Esta postura, frecuente pero imprecisa, se fundamenta en una insuficiente base empírica que no permite reconocer las estrategias de los actores armados, su estilo de disputa militar y su interacción con la población civil en determinados territorios.

Aunque diversas definiciones han sido propuestas para estudiar las guerras civiles, no todas se esfuerzan por considerar los aspectos sustantivos requeridos para entender sus dinámicas. Probablemente, la principal razón por la cual la discusión ha girado más en torno a los criterios de operacionalización, se debe a que los investigadores se han interesado principalmente en entender *qué* es una guerra civil y *cuándo* es probable que surja una.³ Mientras se ha hecho esto, se ha relegado a un segundo plano el estudio sistemático de lo que ocurre al *interior* de la guerra civil, descuidando, entonces, el intento por hacerse preguntas que no han recibido la suficiente atención.

Una de las definiciones pioneras de guerra civil es la que Small y Singer (1982: 210) ofrecen. Para ellos, una guerra civil es “cualquier combate armado que involucre (a) una acción militar interna a la metrópolis, (b) la activa participación del gobierno nacional, y (c) la resistencia efectiva de ambos lados.” Por otro lado, Eriksson, Wallensteen y Sollenberg (2000: 597) prefieren hablar de conflicto armado, el cual definen como “una incompatibilidad manifiesta relacionada con el gobierno, el territorio o ambos, donde el uso de la fuerza armada entre dos partes resulta en al menos 25 muertes relacionadas con la batalla. De estas dos partes, al menos uno es el gobierno de un Estado.” De este marco general, logran desprender tres tipos de situaciones de conflicto armado en relación con su intensidad: menores, intermedias, y guerras.

Aunque claras conceptualmente, el principal inconveniente de las definiciones anteriores es que sólo se limita a considerar las muertes relacionadas con la batalla, desconociendo que gran parte de la violencia en los conflictos armados se dirige en contra de la población. Una definición alternativa es la que ofrece Kalyvas (2006) y, aunque no se aleje considerablemente de las anteriores, resulta provechosa la referencia posterior que hace a cuestiones sustantivas tales como la población, el territorio y la forma en que se disputa la guerra: la importancia de estos elementos radica en que logran explicar gran parte de las variaciones de la violencia. Para este autor, entonces, la guerra civil es “un combate armado, dentro de las fronteras de una entidad soberana reconocida, entre actores sujetos a una autoridad común al comienzo de las hostilidades.”⁴ (Kalyvas, 2006)

El elemento crucial de la guerra civil es que el territorio deja de estar, inevitablemente, en control único del Estado, porque los combates armados, como señala Kalyvas, dejan como resultado la división de la entidad soberana en campamentos armados rivales. En palabras de Tilly (1978), las guerras civiles suponen el quiebre efectivo del monopolio de la violencia en un territorio a través de un desafío armado interno. Tender la mirada hacia una guerra civil y sus dinámicas espaciales es tener la certeza de observar manchas pixeladas sobre el mapa que ilustran la presencia de los actores armados: gobierno y otros grupos armados tienen, cada uno, sus zonas propias, pero además ambos comparten muchas veces los mismos territorios, haciendo que los territorios en dominio de cada uno se sobrepongan constantemente.

El territorio, por lo tanto, es un elemento profundamente afectado por las guerras civiles, y absolutamente importante para su estudio teórico y empírico. Resulta, entonces, elemental que un análisis sobre las dinámicas de la guerra civil sea estricto con los supuestos adoptados en relación con el tipo de guerra que se está llevando a cabo: de ello depende, en gran parte, el tipo de actuación de los grupos armados y la capacidad de explicar las variaciones de la violencia. Uno de los rumbos que las *microdinámicas de la guerra civil* ha tomado es distinguir entre las guerras civiles *irregulares* y las guerras civiles *convencionales*, con el propósito de especificar premisas sobre el accionar de los grupos armados. Una distinción entre estos tipos de confrontación es la siguiente (Balcells, 2008; Kalyvas, 2006; Eckstein, 1965; McColl, 1969):

- *Guerras Civiles Convencionales* - la violencia en contra de los civiles y los combatientes ocurre en espacios claramente distinguidos, esto es, en el campo de batalla. La violencia hacia la población, sin embargo, es menos común porque generalmente se encuentran aislados del campo de batalla. Aquí, además, los combates se hacen de manera directa y frontal entre ejércitos regulares.
- *Guerras Civiles Irregulares* – la distinción entre campo de batalla y lugares para los civiles se desvanece porque los enfrentamientos se desarrollan sobre todo el territorio. Se caracterizan por la escasez de enfrentamientos directos y ausencia de líneas de frente. Así, resulta más importante el control de territorios que las victorias

en el campo de batalla. La violencia sobre la población civil, por lo tanto, es más común.

Algunos críticos podrían sostener que dicho marco no sólo supone retroceder unas cuantas décadas atrás a la discusión sobre las fases de la guerra, sino que su distinción no aporta elementos novedosos al entendimiento de la violencia. Los *microfundamentos de la guerra civil* intenta explicar los procesos de la guerra, a partir de la elaboración de premisas —comprobables empíricamente— sobre el comportamiento individual y sus interacciones: los incentivos, las estrategias y las identidades son elementos por explicar. Así, la diferenciación entre guerras convencionales e irregulares provee un insumo para especificar los fundamentos que moldean los objetivos de los grupos armados de la guerra y, por ende, sus tipos de estrategias. Como Laia Balcells (2008: 4) sustenta, “la forma de la guerra civil (p.e. la tecnología de guerra, la naturaleza de las líneas de frente) tiene implicaciones para los patrones de asesinatos a civiles durante la guerra.”

En la actualidad, la mayoría de guerras civiles se disputan de manera irregular, siendo el caso colombiano un ejemplo notorio de ello. Este tipo de guerras, como se afirmó, son conocidas porque la escasez de enfrentamientos directos y la ausencia de líneas de frente hacen que sea más importante el control de territorios que las victorias de batallas militares. Ante esto, no solamente surge una imprecisión de los espacios y un problema de claridad sobre la segmentación del territorio, sino que también —por esa misma razón— los recursos se tornan más escasos y la cooperación de los civiles deja de permanecer estática hacia un solo bando. El problema, entonces, que aparece con el territorio es que allí habitan individuos con capacidad de decisión, cuya colaboración es esencial y necesaria de asegurar. Esta característica ha sido advertida desde diferentes puntos de vista: por un lado, las doctrinas marxistas sobre los procesos y etapas revolucionarios han formulado que la población civil es un actor de primer orden para asegurar el éxito de la guerra insurgente; por otro lado, la literatura académica se ha propuesto explicar cuándo y por qué existe apoyo o cooperación de la población civil a los distintos grupos armados.

Tanto unos como otros suelen explicar la colaboración a partir de la “lealtad” a los agentes armados la “identificación” del proyecto político de los insurgentes. Sin embargo, esta acepción no logra resistir a un cuidadoso examen teórico y empírico. Dos argumentos se pueden sugerir para esto: a) Existe una baja participación de la población en las guerras civiles. Así, Lichbach (1995) hace alusión a los hallazgos que, a manera de regularidad empírica, apuntan a que sólo el 5% de la población en países con guerra civil está compuesta de militantes. Esta regla del *cinco por ciento* ayuda a evitar la falacia en el sentido de considerar a las revoluciones exitosas como producto del gran “apoyo popular” al proyecto insurgente; b) inferir las motivaciones y preferencias de la población civil del comportamiento observado trae varios problemas porque dichas preferencias están sujetas a la manipulación y la falsificación. (Lichbach, 1995; Kalyvas, 2006) La población inmersa en la guerra, por el contrario, valora su seguridad, su protección y su posibilidad de sobrevivir en medio de la violencia. Como Kalyvas (2006: 12) argumenta, “la mayoría de la gente prefiere colaborar con el actor político que mejor garantice su supervivencia en lugar de no cooperar ayudando al actor rival.” En cuanto a esto, Mantzavinos, North y Shariq (2004) exponen que las agencias de protección suelen suplir, por medio de la violencia, la demanda por la protección cuando otros agentes amenazan con agredir a dicha población (Véase Mantzavinos, North y Shariq, 2004)

En otras palabras, las guerras civiles irregulares moldean los objetivos que los grupos armados persiguen en el curso de la confrontación, de un modo diferente a las guerras civiles convencionales. Como Balcells (2008: 4) sostiene, “mientras que en las guerras irregulares, los grupos armados tienen incentivos militares para asesinar civiles [...], basado en su comportamiento durante la guerra (p.e. colaboración/no-colaboración) en las guerras civiles convencionales, los grupos armados tienen menos incentivos para asesinar civiles. Si lo hacen, estará profundamente basado en sus identidades públicas.” En esta investigación, por lo tanto, se argumenta que los actores armados dentro de una guerra civil irregular tienen intereses en relación con:

- a) El control de la población civil;
- b) La apropiación de territorios;
- c) La sustracción de recursos para su financiación;

d) La política local.

Los anteriores elementos son objetivos que van apareciendo en el transcurso de la guerra y que guardan una relación estrecha entre sí. El intento de los grupos armados por conseguir, moldear y buscar dichos objetivos da lugar a dinámicas de tipo local que difieren de las de tipo nacional. A grandes rasgos, mientras que éste último hace alusión a la relación del grupo armado con el gobierno —en cuanto a asuntos de orden nacional— las dinámicas locales son las que se refieren al esfuerzo de los grupos armados por obtener y mantener un control estable sobre el territorio y la población.

2. Violencia

Como se vió, la guerra civil plantea un reto para los actores armados en términos de los recursos, el territorio y la población a la que pueden acceder y controlar. Al respecto, Trinquier (1964), encuentra que “el apoyo civil puede ser espontáneo aunque es bastante raro y probablemente una condición temporal. Si no existe, debe ser asegurado por cualquier medio posible, siendo el terrorismo el más efectivo.” En las guerras civiles, en otras palabras, sobran las posibilidades y oportunidades para que haya violencia: masacres, desplazamientos, pillajes y robos, violaciones, secuestros y torturas son métodos que sirven, según la ocasión, a los intereses de los grupos armados.

Sugerir una definición de violencia es condición esencial para una explicación aceptable del problema, aunque el consenso sobre su significado no es completo.⁵ Mientras que unos optan por resaltar la importancia de las narrativas como instrumento de poder, después del acto de violencia, (Thornton, 1995), otros prefieren enfatizar el carácter político de la violencia cuando se ejerce entre el régimen y la disidencia. (Gurr, 1974) Otros tantos, a pesar de reconocer la dimensión física de la violencia, estudian la violencia manifestada en la cultura y en las estructuras. (Galtung, 1969) Para estudiar las microdinámicas de la violencia en la guerra, conviene, por el contrario, entender la violencia desde el punto de vista físico. Por lo tanto, el énfasis en las narrativas, en la cultura o estructuras no serán de mayor interés. La definición de Ted Gurr (1974), aunque de bastante aceptación, no será tomada en cuenta porque descuida la interacción entre actores armados y población.⁶

En esta investigación, la violencia se entiende desde un punto de vista físico, por lo que la definición de Pontara (1978: 24) resulta válida. Para él, la violencia ocurre cuando “hay al menos un ser humano quien (activamente o pasivamente) le causa a otro ser humano la muerte (física o psicológica) o quien (haciendo u omitiendo ciertas acciones) lo deshabilita (físicamente o psicológicamente)”. Lo interesante de los planteamientos de Pontara (1978) es que considera la violencia como un método de lucha que supone la existencia de cursos de acción adoptados por los actores en una situación de conflicto determinado. De este modo, al especificar la violencia como un *método de lucha*, se reconoce su carácter *procesual*. Dicha perspectiva difiere de otras aproximaciones que, al centrarse en instancias concretas de la violencia, olvidan ver las acciones y mecanismos que la preceden y la siguen.

En consecuencia, los homicidios se constituyen en el indicador empírico, por excelencia, de la violencia, a pesar de que los homicidios no siempre logran captar —aunque se acercan hasta cierto punto— el panorama general de la violencia en las guerras irregulares —guerras en donde el daño físico no siempre cruza la línea de la eliminación. Kalyvas (2006: 20) no duda en afirmar esta posición: “el homicidio no abarca el rango de la violencia, pero es una forma precisa que puede ser medida más confiablemente que otras formas.” Para el caso concreto del uso del terror, el homicidio como indicador empírico tiene una doble cara: (a) puede medir aquellas acciones que pretenden causar terror en la población civil en el marco de una interacción directa con este último, como cuando se realizan masacres para aplicar un castigo absoluto (homicidio) a las víctimas y disuadir a otros de que la hagan, pero (b) puede, también, dejar de lado aquellas acciones que pretenden causar terror alrededor, sin ni siquiera causar muertes o heridos físicos, como cuando se instala un carro-bomba y la posibilidad de que haya muertos es parcial y aleatoria.

La mirada y alcance de este trabajo es, por lo tanto, hacia ambas formas de violencia, sobre todo si se tiene en cuenta que la instalación de una bomba no asegura la muerte del adversario. Aún más, una bomba ni siquiera puede estar dirigida a producir muertes específicas, sino a generar otro tipo de efectos y enviar mensajes a la audiencia alrededor. Por lo tanto, la definición de Pontara (1978: 24) se ajusta a los objetivos de esta investigación, pues tanto la dimensión física como psicológica son tenidas en cuenta. En este

sentido, la violencia puede funcionar como un mecanismo básico para el moldeamiento de preferencias y creencias (Petersen, s.f.; Kalyvas, 2003, 2006; Kalyvas y Sánchez-Cuenca, 2004). Para Petersen (s.f.: 2), “si bien es cierto que los actores utilizan asesinatos, bombas, y amenazas para aumentar los costos y afectar las estrategias de negociación racional de los oponentes, también es cierto que estas acciones violentas producen emociones que no sólo definen funciones de costo sino que también crean distorsiones en la recopilación de la información y en la formación de las creencias.”

3. El Uso del Terror en las Guerras Civiles

Tanto las narrativas como las investigaciones sobre el terrorismo están rodeadas de vaguedades, sesgos ideológicos y juicios valorativos. No es extraño que las definiciones de terrorismo carezcan de precisión y claridad y, por consiguiente, los intentos por comprenderla fallen gracias a las caracterizaciones que retratan a los actores armados como enfermos mentales e irracionales. Lejos de buscar la serie de mecanismos y razones que dan paso al uso del terror, tanto la prensa como la literatura clásica sobre las motivaciones del terrorismo prefieren destacar aquellos elementos que no aportan a su comprensión. Aún cuando el odio, la ira y la venganza son elementos que *posiblemente* se encuentran presentes durante la violencia, es bastante claro que aquellas son *lógicamente* insuficientes para completar la explicación de la violencia. (de Figueiredo y Weingast, 2001) Aunque Laqueur (1980) llama la atención sobre dichas imprecisiones y sesgos conceptuales, alega que sostener la imposibilidad de estudiar el terrorismo sin una definición es absurdo, negando la posibilidad de que exista un concepto comprensivo del terrorismo. Algunos otros como Gibbs (1989) considerarían inadmisibles pretender acercarse al terror de manera rigurosa sin ni siquiera tener una definición clara que contenga condiciones claras de suficiencia. Aún más, como Tilly (2005) señala, las definiciones empiezan a importar cuando se pasa de la descripción a la explicación.

La mayoría de definiciones se caracterizan por manifestar explícitamente las motivaciones y preferencias del acto violento que, por lo general, son clasificadas como políticas y sociales. Las definiciones, además, suelen ser bastante generales como para incluir actos de grupos no-estatales que van desde los atentados suicidas de células terroristas del Al Qaeda hasta la toma de rehenes extranjeros por parte de guerrillas como el ELN. Como ejemplo de esto,

Corsi (1981) caracteriza el terrorismo como una serie de actos violentos donde los perpetradores articulan metas o propósitos relacionados con los agravios en contra de las políticas o acciones del gobierno. Esta caracterización consideraría las acciones del Al Qaeda y ELN como terrorismo a partir de sus motivaciones políticas y su carácter de grupo no-estatal. Gibbs (1989: 330) es aún más enfático en el carácter no-estatal del terrorismo, caracterizándolo como “violencia ilegal o la amenaza de la violencia dirigida en contra de objetos humanos o no-humanos [...] inculcando miedo en las personas.” Adicionalmente, condiciona su definición al cumplimiento de ciertos criterios relacionados con la no convencionalidad de la guerra, la clandestinidad del actor y la finalidad de éste para alterar o mantener una norma.

En una línea muy semejante, algunos autores (Sandler y Enders, 2007; Enders y Sandler, 2006; Krueger, 2007, entre otros) han construido una de las definiciones más aceptadas, la cual considera el terrorismo como “el uso premeditado o la amenaza del uso de la violencia para obtener objetivos sociales o políticos”. El Departamento de Estado de Estados Unidos, de la misma manera que los anteriores, hace énfasis en las motivaciones políticas del acto violento. Para dicha agencia, el terrorismo es “violencia premeditada, políticamente motivada perpetrada contra objetivos no-combatientes por grupos subnacionales, usualmente para influir una audiencia.” Vale llamar la atención sobre un rasgo pronunciado de las anteriores definiciones: para los análisis de dichos autores, son los grupos no-estatales y no las fuerzas del Estado las que emplean el terrorismo. Igual de importante es que, para ellos, las motivaciones (políticas y sociales) de la violencia son tenidas en cuenta: los actos de violencia sin dichas motivaciones serían meramente criminales.

Sin embargo, una indiscutible dificultad, como se ha insinuado, es que con la palabra terrorismo se pretende agrupar una variedad enorme de acciones, actores, contextos y blancos de la violencia.⁷ Esto apunta, entonces, a que el *terror* no tenga una explicación causal única para todos los casos y, en contraste, sirva para “referirse a episodios que van desde la destrucción coordinada (el ataque simultáneo a múltiples edificios) hasta los ataques dispersos (el asesinato furtivo de policías).” (Tilly, 2007: 18) Siguiendo con el caso de las células de Al Qaeda y los frentes del ELN, ¿cómo puede sugerirse una explicación que cubra las abismales variaciones entre uno y otro?, ¿qué similitudes pueden apuntarse

para argumentar la continuidad entre ejemplos tan disímiles? Las respuestas tienden a ser ofrecidas gracias a las definiciones —anteriormente señaladas— que consideran como regular a todos los casos las motivaciones sociales y políticas (p.e. Enders y Sandler, 2006; Hoffman, 1998). Estas definiciones catalogarían ciertas acciones violentas de Al Qaeda y ELN como terrorismo al encontrar que el carro-bomba o la toma de rehenes perpetrada por éstos, respectivamente, estuvieron políticamente motivados.

Con todo, estas definiciones conllevan un problema analítico al depositar en las motivaciones un papel importante para su distinción. No hay duda de que los actores que emplean el terror tienen objetivos que se enmarcan dentro de contextos políticos y que recurrentemente involucran actores políticos como el gobierno. No obstante, así como es imposible inferir las preferencias y motivaciones de la población civil a partir de su comportamiento de colaboración con los grupos armados (Kalyvas, 2006), es igualmente imposible definir y explicar el uso del terror a partir de las motivaciones de los actores. Tilly (2004, 2005, 2007) es crítico frente a dichas explicaciones porque no definen ni explican las variaciones entre los distintos tipos de violencia colectiva y tiene la desventaja de requerir información sólida sobre sus motivaciones —tarea realmente complicada en una situación de violencia.

Aún más, una definición que no reconozca la acción de los grupos estatales no permite obtener un entendimiento completo sobre las dinámicas de la guerra. Tanto las fuerzas del gobierno como la insurgencia, sin importar en qué lado de la (i)legalidad se encuentren, se enfrentan a problemas similares con el territorio, la población e incluso los recursos y por lo tanto, obtienen los mismos incentivos para la acción. Esta investigación reconoce, por lo tanto, que el gobierno, al hacer parte de una guerra civil, participa de la misma manera que los grupos insurgentes. Al rechazar la distinción entre lo legal y lo ilegal para definir las acciones de terror en una confrontación armada, se deja de ver al Estado desde su *deber ser* y se puede empezar a analizar la violencia desde su acción y práctica observable. Así, el terror puede ser rastreado en las FARC, los paramilitares y, sin lugar a dudas, en el gobierno, especialmente cuando éste adopta políticas contrainsurgentes.

Vistas en conjunto, las definiciones presentadas anteriormente se caracterizan por contar con tres elementos que resultan ser problemáticos: a) abarcan muchos episodios; b) se

indaga profundamente sobre las motivaciones; y c) sólo considera la acción de grupos no-estatales. Ante esto, resulta más conveniente considerar el uso del terror por la naturaleza táctica y estratégica de su acto y no por las motivaciones que persiguen (De la Corte, 2008) y/o el actor que lo ejerce. En general, se pueden anotar tres elementos fundamentales sobre el uso del terror:

1. El terror es tan solo una estrategia complementaria a las acciones convencionales de los grupos armados. Durante la guerra, comparte un lugar junto a otras acciones: emboscadas, hostigamientos, sabotaje, así como acciones que ni siquiera son violentas. Por lo tanto, es posible definir el terror como “el despliegue asimétrico de amenazas y violencia contra sus enemigos al margen de las formas de contienda que rutinariamente operan dentro del régimen” (Tilly, 2007: 235) Lo que diferencia, entonces, el terror de este tipo de ‘acciones rutinarias’ es que es violencia en contra de la población civil, constituyéndose precisamente en un despliegue asimétrico de fuerza: bombas, masacres, torturas, asesinatos selectivos, entre otros.
2. El uso del terror se explica por la presencia de determinados mecanismos causales que se enmarcan dentro de un proceso político más amplio: así, el terrorismo no es un fenómeno aislado, especialmente cuando se ubica en una guerra civil. No es lo mismo hablar de la detonación de una bomba en una ciudad de Inglaterra que la detonación de una bomba en el departamento de Arauca en Colombia; tampoco es lo mismo hablar de una masacre en Ruanda que las masacres perpetradas por paramilitares y guerrillas colombianas en la regiones de Urabá o el Meta.
3. Cuando los actores emplean el terror, buscan ante todo comunicar una posición y un mensaje sobre una situación particular. Para Tilly (2004: 9) “las señales típicamente alcanzan tres diferentes audiencias: los mismos objetivos de la violencia (*targets*), los aliados potenciales de los perpetradores, y terceros actores que pueden cooperar con uno o con otro.” El terror, puesto en otras palabras, cumple una función comunicativa al enviar señales que informan que la presencia del actor armado es fuerte en la región, que el incumplimiento de sus reglas tiene resultados desastrosos, y que quienes lo hicieron tienen la capacidad de hacerlo de nuevo.

La definición de terror basada en su dimensión táctica permite, como se sostuvo, evitar la pregunta por las motivaciones del acto, pregunta que, como Tilly (2004, 2007) expone, se convierte bastante problemática a la hora del análisis. Un lector crítico podría sugerir una aparente contradicción, en tanto que la investigación adopta una perspectiva basada en los microfundamentos —orientada por el individualismo metodológico— al tiempo que se aleja de una explicación basada en las motivaciones. Puesto en otros términos, ¿por qué si hay tanto interés en los microfundamentos son dejadas de lado las motivaciones?, ¿no constituyen las motivaciones una forma de ver las decisiones políticas en situaciones de violencia? Estas preguntas tienen una validez importante porque permiten aclarar el papel que las motivaciones tienen en esta investigación y en un análisis de la violencia en las guerras civiles. Debe admitirse que las motivaciones son un importante insumo para analizar fenómenos políticos a partir del comportamiento de sus actores. Varios estudios pioneros sobre violencia política como el de Ted Gurr (1974), así como literatura etnográfica y testimonial, han producido un conocimiento importante sobre la serie de motivaciones presentes en la violencia.

En esta investigación, sin embargo, parte del rechazo a las motivaciones se debe a dos aspectos en particular. En primer lugar, un análisis centrado en motivaciones sería ideal para hacer una descripción, pero no permitiría ofrecer una explicación del fenómeno que muestre las relaciones de causalidad entre diferentes variables. Trabajos recientes sobre la vinculación voluntaria a grupos armados muestran que los individuos tienen una muy amplia gama de motivaciones para hacer parte de un grupo armado —que van desde el prestigio por tener un arma hasta la protección y seguridad que les ofrece la organización. No obstante, lo que explica la variación de dicha vinculación tiene un asidero más fuerte en el grado de control y presencia que un grupo armado tiene sobre un territorio en específico. (Arjona y Kalyvas, 2008) En segundo lugar, las guerras civiles son espacios en donde la falsificación de preferencias es una constante y, por lo tanto, la información es siempre asimétrica e incompleta. (Lichbach, 1995; Kalyvas, 2006) La falsificación de preferencias es algo que sucede tanto durante la guerra, como después de ella —entre población, grupos armados e incluso hacia los investigadores— debido a los incentivos existentes para hacerlo. No se trata de un desconocimiento total de la existencia de motivaciones de los actores,

pues, por el contrario, se reconoce que las motivaciones no solamente son variadas, sino que son también importantes para dibujar un panorama completo sobre la lógica de la guerra. El argumento para el rechazo de las motivaciones, en su lugar, tiene que ver con el hecho de que, precisamente por los incentivos para la falsificación de preferencias, inferir las motivaciones que un actor determinado pueda tener, a partir de su comportamiento observado es una tarea poco confiable.

3.1 El Uso del Terror como Recurso de los Actores

Sobre la relación entre terror y conflictos armados, Ericsson, Walleensteen y Sollenberg (2000) reconocen la existencia del uso del terror en dichas confrontaciones. No obstante, no están convencidos en darle un papel tan preponderante. Argumentan que en un gran número de conflictos armados, las partes en disputa no están explícitamente atacando a la población civil. En su lugar, dicen, “el conflicto armado está dirigido a los objetivos militares legítimos y no principalmente dirigido a la población civil. Mucha de la teoría de la guerra de guerrillas apunta a la importancia de movilizar una población para propósitos rebeldes, no para aterrorizarla.” (p. 597)

La interacción entre terrorismo y guerra civil es, no obstante, indiscutible. Al escudriñar con mayor cuidado las relaciones entre ambos, se observa que el uso del terror tiene amplias oportunidades de aparecer durante las guerras civiles: mientras que el paso de la guerra civil al terrorismo es frecuente, las posibilidades de transitar del terrorismo a una guerra civil son escasas. Krueger y Laitin (2003: 3, 36) muestran que sólo 5 de 33 países con guerra civil, no presentan incidentes terroristas y explican que “los grupos que utilizan el terrorismo usualmente serán incapaces para transformar los conflictos en los que se encuentran hacia una guerra civil.” La razón es que dada la clandestinidad y la estructura organizativa de los grupos terroristas, éstos enfrentan la dificultad de obtener la colaboración de poblaciones y el control de territorios. Como complemento a lo anterior, vale añadir que la imposibilidad de obtener la colaboración de poblaciones y el control de territorios, impide la construcción de una soberanía paralela a la estatal. Esto, sin lugar a dudas, se traduce en la dificultad que enfrentan dichos grupos para sostener las actividades militares por largos periodos de tiempo que desafíe, de modo importante, el monopolio estatal de la violencia.

¿Por qué es el terror, entonces, un recurso frecuente de los actores armados? A continuación se pretende establecer el vínculo entre el uso del terror y los objetivos que los grupos armados persiguen en las guerras civiles irregulares. Es evidente que para cada uno de los objetivos, surgen problemas que los actores armados buscarán resolver a través de diferentes estrategias: algunas veces con la violencia, otras veces sin ella. El terror, en cualquier caso, hace parte de su repertorio de estrategias y suele usarse para cumplir dichos objetivos. El terror figura, entonces, como un recurso a disposición de los actores y cuyas tácticas varían ampliamente: incluye la instalación de bombas, la toma de rehenes, los asesinatos de destacados personajes del régimen, las masacres y las torturas públicas, entre otros (Laqueur, 1980; Kalyvas, 2006).

El Control de la Población Civil. El control de poblaciones se constituye en uno de los principales objetivos perseguidos por los actores armados de la guerra. La pretenden controlar porque para ellos es importante que la población civil no incumpla el sistema de reglas que imponen. Para los actores armados, dicho incumplimiento puede ser perjudicial porque puede amenazar su estabilidad y presencia en la zona. Los ayudantes del adversario, la filtración de información, la drogadicción y delincuencia, los líderes sociales autónomos, la desobediencia a las normas y la negación a cooperar con ellos, son motivos suficientes para imponer castigos que suelen pasar por el terror. Así entonces, para Kalyvas (2003, 2006) el principal uso del terror está dirigido a inducir en la población civil determinadas conductas al tiempo que intenta disuadir el surgimiento o repetición de otras. Esto se debe, siguiendo a Kalyvas, a que a diferencia de la violencia producida unilateralmente, como ocurre en los genocidios, —donde también puede haber masacres y torturas públicas— los individuos en las guerras civiles tienen la posibilidad de entregar su apoyo y recursos al actor armado contrario: en lugar de exterminarla, los agentes armados pretenden gobernar la población sobre la que usualmente emplean el terror.

La Apropiación de Territorios. La apropiación de territorios adquiere una importancia considerable porque se relaciona tanto con el control de poblaciones y la adquisición de recursos. Además, aquí vuelve a ser relevante tener en cuenta la irregularidad de las guerras, porque en este tipo de guerras importa más el dominio de territorios que la victoria de batallas militares. Para ver la relación entre población y territorio, resulta necesario tomar

el argumento central de Arjona (2008: 17). Para ella, los grupos armados se interesan en crear cierto orden en los territorios donde intentan establecerse. No obstante, dicho orden no se construye uniformemente ni opera del mismo modo en los distintos territorios, debido al sistema de autoridad vigente en la comunidad. Por eso, algunas veces puede resultar para el grupo “más fácil ‘eliminar’ a la población mediante el desplazamiento masivo o, incluso, la aniquilación en lugar de intentar lograr su cooperación. Esta medida puede ir seguida de la ‘reubicación’ de poblaciones cooperantes en dicho territorio.” Por otro lado, los territorios por sí solos cumplen una función estratégica, porque mediante corredores y regiones específicas los actores armados disponen de espacios de movilidad, salidas de escape y transporte de recursos.

La Sustracción de Recursos. De esta forma, puede verse la conexión del territorio con la apropiación de recursos. Las tropas militares necesitan proveerse de recursos financieros que les permita sobrevivir como organización en un marco temporal de largo plazo, así como suplir necesidades diarias de supervivencia y combate. Por eso, el terror es una estrategia recurrente cuando los actores deben suplirse de recursos que están presentes en territorios determinados. De hecho, uno de los factores que inciden sobre la larga duración de las guerras civiles es el acceso a recursos de contrabando como el opio, la cocaína o los diamantes. Los recursos dejan ver su alto valor para los actores armados, en tanto les da la oportunidad de sobrellevar los combates militares de manera sostenida en el tiempo (Fearon, 2002). Dada la dependencia de los grupos armados de las armas, los equipamientos y la comida, entre otros, Tilly (2005) sugiere que éstos pueden utilizar el terror para mantener el control de zonas donde los recursos como las drogas y el petróleo proporcionan una sólida fuente de financiación.

La Política Gubernamental. El interés en influir en la política gubernamental no se escapa de las dinámicas locales o nacionales del accionar armado de los actores. Por medio del terror, los actores logran influir en la política gubernamental y obtener concesiones favorables a ellos sobre dimensiones importantes de la política (Kirk, 1983; Oots, 1989). Otras veces, el terror sobreviene en etapas posteriores de las negociaciones cuando los actores deciden minar los procesos de diálogo (Bueno de Mesquita, 2005a; Kydd y Walter, 2002; Stedman, 1997). Las amenazas y las presiones para que los políticos locales abandonen sus puestos

son frecuentes, así como también los homicidios selectivos en su contra. Es frecuente, también, que la violencia, en lugar de dirigirse directamente sobre el objetivo que se quiere afectar —alcaldes, gobernadores, legisladores—, recaiga sobre la población civil porque ésta funciona como una ‘transmisora’ de las presiones. La instalación de dispositivos explosivos es, por ejemplo, una táctica frecuente. Para Petersen (s.f.: 20), quien examina la decisión de los actores para utilizar bombas, sostiene que “las bombas producen miedo en la población en general, la cual a su vez crea 'costos' para el régimen. Bajo la influencia del miedo, la población en general presionará a los líderes para que terminen el conflicto, a pesar de los avances militares actuales del régimen.”

Son varios los objetivos que los actores armados persiguen y que pueden ser alcanzados por medio del uso del terror. El terror, en últimas, no es más que un complemento o subproducto de luchas en la que los participantes se dedican simultáneamente a otras rutinas (Tilly, 2004). Pero, ejército, población civil, paramilitares e insurgentes tienen intereses sobrepuestos y contradictorios entre sí, lo que hace que el uso de la violencia sea una práctica táctica y estratégica recurrente. Sobresale el hecho de que dichos actos logran obtener ventajas al explotar la asimetría existente entre los actores armados y la audiencia alrededor (Sandler y Arce, 2005). En este sentido, adicional a contribuir al logro de sus objetivos, el uso del terror por parte de los actores no solamente evita los costos de un enfrentamiento frontal entre ejércitos, sino también aprovecha la capacidad de generar costos sobre el gobierno.

Capítulo II. Guerra, Órdenes Locales y Grupos Armados en Colombia: Mecanismos del Uso Estratégico del Terror

La mayor parte de la violencia que tiene lugar en las guerras civiles irregulares no la producen los grupos armados en el campo de batalla, sino que la dirigen sobre la población civil. Ambos, por lo tanto, están involucrados en una interacción permanente de la cual dependen los resultados temporales y finales de la guerra (Balcells, 2008). Contar con la cooperación de los habitantes de una región puede ser un factor determinante para que los grupos armados aseguren su control sobre dicha zona. Si la población es un actor con semejante importancia, ¿por qué es frecuente el uso de la violencia sobre la población civil?, ¿qué razones existen para que esto sea de esta manera?, ¿por qué no se emplea entre actores armados? Estas preguntas, que guían el desarrollo de este capítulo y han sido abordadas con amplitud, encuentran su respuesta en el carácter irregular de las guerras, el comportamiento estratégico de los actores y los objetivos que éstos persiguen a nivel local.

En este capítulo, dirijo la mirada hacia las *dinámicas locales* de la guerra, en especial, en cuanto al uso del terror de los actores armados sobre la población civil. Las dinámicas locales de la guerra son aquellas dinámicas que surgen del intento de los grupos armados por obtener un control estable sobre el territorio y la población. Dado que este capítulo se pregunta *por qué* los grupos armados emplean el terror en contra de la población civil, tres interrogantes guían la argumentación: ¿qué problemas y dinámicas enfrentan los actores armados en la dimensión local?, ¿qué relación existe entre dichas dinámicas y el uso del terror?, ¿cuáles son los mecanismos que dan paso a su utilización por parte de los grupos armados? El argumento central es que para los actores armados —en su proceso de interacción con otros actores— el terror es un recurso significativo cuando se enfrentan a problemas de colaboración de la población, el control de territorios estratégicos y la política gubernamental. El capítulo se divide en tres secciones. En primer lugar, hago una breve descripción del conflicto colombiano, con un énfasis en las FARC, destacando la importancia

de sus diferencias temporales y territoriales. Luego de esto, discuto algunas dinámicas y problemas que surgen, a nivel local, entre los grupos armados y la población civil que buscan controlar. Aunque, ilustro la discusión con alguna evidencia de las FARC, el argumento se extiende a otros grupos al margen de la ley. Estos grupos cuentan con una variedad de estrategias que pueden adoptar un carácter violento o no. Por eso, finalmente, en vista de que el terror no es la estrategia dominante todas las veces, analizo tres mecanismos que pueden explicar su surgimiento.

1. El Conflicto Armado en Colombia: Actores, Tiempo, Territorios

El conflicto armado en Colombia es una larga cadena de eventos y procesos diferenciados en el tiempo (Lair, 2004; Sánchez, Solimano y Formisano, 2005; Restrepo, Spagat y Vargas, 2003, entre otros) y el espacio (González, Vásquez y Bolívar, 2002), en donde el gobierno, los grupos guerrilleros y paramilitares son sus principales actores. Si se reconoce la complejidad del conflicto colombiano (p.e. Salamanca y Castillo, 2005), esto se debe, entre otras cosas, a las interacciones que los grupos armados sostienen entre sí y con la población civil, así como a las implicaciones que tienen el tiempo y el territorio en los resultados de la guerra.

El surgimiento y consolidación de la guerrilla se ha vinculado, de manera estrecha, a la existencia de problemas agrarios y procesos políticos concretos (Richani, 2003; Vásquez, 1999) Así, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) se remontan desde los orígenes de la época de La Violencia cuando —operando como un grupo de autodefensa campesina— fue atacada por el gobierno. De hecho, el acompañamiento de las guerrillas a los flujos constantes de colonización en zonas poco pobladas jugó un papel importante para su proceso de consolidación y expansión territorial inicial. De ahí que Pécaut (2008) no deje de reconocer la importancia existente entre la colonización y la guerrilla y que suela hablarse de un proceso de colonización armada (Ramírez, 1990). En la actualidad, sin embargo, la guerrilla no se concentra exclusivamente en las zonas de colonización marginales donde se originaron, sino que se localizan en regiones donde ha habido un rápido desarrollo económico, mayor integración al desarrollo y política nacional, pero con limitaciones y desigualdad de posibilitar el acceso a la nueva riqueza (González, et al. 2002; Bejarano, et al., 1997).

De hecho, gran parte de la expansión hacia otras áreas de riqueza les permitió asentarse con mayor fuerza en el territorio y fortalecer sus ingresos económicos. Para Eric Lair (2004), las FARC intentaron, a finales de los años setenta, diversificar las fuentes de financiación, desdoblarse los frentes de guerra, diseminarse geográficamente y multiplicar los contactos con la población civil con el fin de reducir la vulnerabilidad a los ataques. Pécaut (2008) caracteriza esta etapa inicial (1966-1980) de las FARC como una de estancamiento, porque su poco potencial de guerra y capacidad política la llevaron, en varias ocasiones, a estar muy cerca de la destrucción. En el año de 1982, durante la VII Conferencia, los grupos guerrilleros deciden adoptar una posición ofensiva hacia el gobierno y resuelven aumentar el número de frentes. En términos militares, quisieron ser protagonistas de un cambio: previeron la creación de un ejército revolucionario con comandos móviles y unidades para atacar al enemigo de frente y no limitarse a tender emboscadas y acciones bélicas menores (Pécaut, 2008).

Uno de los momentos con mayor actividad violenta por parte de las FARC tuvo lugar al comienzo de la década de los noventa, después del ataque a Casa Verde. Las FARC desplegaron una fuerte ola contra-ofensiva en respuesta a los ataques gubernamentales sobre su campamento central y adquirieron una evidente orientación militarista, evidenciado en el aceleramiento de sus ataques. Para Echandía (2006), los propósitos de expansión territorial de la guerrilla consistían en lograr una alta dispersión de los frentes, diversificar sus fuentes de financiación y obtención de recursos, y aumentar su influencia a nivel local. La Gráfica 1 muestra el crecimiento del pie de fuerza de las FARC y revela el crecimiento tan significativo (78%) que sucede desde finales de los ochenta hasta el comienzo de siglo: de 3,650 combatientes en 1986 pasan a tener 16,492 combatientes en el año 2000. Elemento detonador de este crecimiento fue la expansión de los cultivos de coca en el país que, en la década de los noventa, se caracterizó por un crecimiento casi exponencial: de 37,500 en 1992 a 144,807 en el 2001. Díaz y Sánchez (2007) sostienen que tanto guerrillas como paramilitares convirtieron las actividades del narcotráfico en un importante elemento de su lógica: no solamente hicieron del tráfico de drogas su principal fuente de financiación, sino que lo convirtieron en el vehículo más importante de control territorial.

Como resultado, la fortaleza de las FARC se manifestó, especialmente a finales de la década de los noventa, en ataques espectaculares sobre objetivos civiles y militares que pusieron en evidencia la posible superioridad militar de la insurgencia sobre la Fuerza Pública. Su accionar militar asumió un comportamiento de iniciativa y determinación: de la pasividad bélica lograron transitar a una Nueva Forma de Operar basada en la combinación de inteligencia, planificación, asedio, asalto y copamiento. Los impresionantes ataques en el Billar (Caquetá), Patascoy (Nariño), Las Delicias (Putumayo), Miraflores (Guaviare) y Mitú (Vaupés) se desarrollaron sistemáticamente. Otras operaciones importantes tuvieron como escenario la región de Urabá, la región petrolera del nororiente y el centro del país, en donde Bogotá y el corredor de Sumapaz se revelaron como una región estratégica. Vale la pena llamar la atención al hecho de que, a pesar de que las FARC en ese tiempo una presencia importante en todo el territorio, la mayoría de estos extraordinarios ataques tuvieron lugar en los tradicionales bastiones guerrilleros del sur, perfilada como una de las regiones preferidas de las FARC. ¹

Justamente, la expansión geográfica y el control de territorios constituyen puntos básicos de la insurgencia y el paramilitarismo. González, Vásquez y Bolívar (2002) encuentran que mientras que los grupos guerrilleros nacen en zonas de colonización marginal, desde donde se proyectan luego hacia zonas más ricas e integradas, las autodefensas se originan normalmente en estas zonas de cierta expansión económica para luego proyectarse a áreas de colonización periférica. A pesar de esta diferencia, la regularidad que subyace tanto a las guerrillas como a los grupos paramilitares es el empleo de la violencia de manera recurrente hacia el otro y la población civil. Los mismos autores se refieren a un *juego de espejos* para denotar la cadena de retaliaciones que se producen como respuesta a las masacres cometidas por el adversario contra la población civil y que evidencian una capacidad de mimesis entre ellos. Controlar los recursos, las poblaciones y los territorios son actividades que atraviesan el accionar de los actores armados.

De ahí que el paramilitarismo haya jugado un importante papel como contenedor de la actividad insurgente. Su presencia, junto a la de las FARC, delinea de manera general un conflicto dividido en dos escenarios de guerra —norte y sur— que operan según sus corredores estratégicos y otras regiones menores (González, et al. 2002). Se observa que

en el suroriente se encuentra consolidada la zona de influencia de las FARC, en donde fenómenos de colonización y cultivos ilícitos son evidentes: no es gratuito que en Putumayo, Caquetá, Guaviare, Vaupés, entre otros, hubiese sido la base de las grandes operaciones militares insurgentes. En el norte, se impone la hegemonía paramilitar en departamentos como Córdoba y Sucre y, desde 1996 y 1997, desatan ofensivas para disminuir los corredores de la guerrilla en las regiones de Urabá y nororiental. Un nuevo corredor desplegado sobre el suroccidente del país, identifican los autores, tiene como ventajas tanto la salida al Océano Pacífico como la región del bajo Putumayo, zona en la que los paramilitares han arremetido una ola de violencia sin precedentes por la apropiación del territorio.

Así mismo, la modernización de la Fuerza Pública impulsada con el Plan Colombia y consolidada con la Política de Seguridad Democrática han tenido incidencias evidentes sobre el accionar guerrillero. Este proceso de fortalecimiento ha hecho que las FARC, según Echandía y Bechara (2006: 37), “retomen de su experiencia anterior los comportamientos de guerra de guerrillas y opten por el repliegue táctico hacia sus zonas de refugio, lo cual se expresa en una disminución operativa a nivel nacional” Como muestra de lo anterior, las FARC incluso empiezan a perder el control sobre diversas regiones del país: las fuerzas armadas “desempeñan un papel primordial para romper el cerco en torno a Bogotá y Medellín; en 2003 ponen fin a la presencia de las FARC alrededor de la capital en Cundinamarca y recuperan las entradas a Medellín y la Comuna Trece de esta ciudad” (Pécaut, 2008: 120). En resumen, a pesar de que las Fuerzas Armadas procuraron mejorar su desempeño militar y movilidad para recuperar el control territorial (Simpson, 2004), el paramilitarismo contribuye a explicar gran parte de este fenómeno. Su expansión geográfica, el incremento de sus acciones y la recuperación de importantes regiones en Urabá, el Magdalena Medio, el Catatumbo, el Valle e incluso algunas regiones del sur como el Putumayo, son eventos que han tenido un efecto negativo para los intereses de las FARC.

2. La Dimensión Local de la Guerra: Actores Armados y Órdenes Locales

La dimensión local de la guerra es aquella en donde la relación entre grupos armados, poblaciones y territorios se hace evidente: a este nivel, los primeros buscan un control estable y permanente sobre los dos últimos. A este nivel, además, los grupos armados

enfrentan una serie de problemas que definen la lógica de su actuación: deben asegurar la colaboración de la población civil y evitar la defección; afianzar el dominio local de los territorios; procurar la consolidación de fuentes estables de financiación; e incidir sobre las decisiones políticas a nivel local. Dado que la solución de dichos problemas no viene con la simple presencia del grupo armado en la región, éstos suelen crear mecanismos para reducir la incidencia de dichos problemas. En este sentido, suplantando el conjunto de reglas —tanto formales como informales— que allí operan para construir un *nuevo orden local* que les permita llevar a cabo sus objetivos y resolver los problemas que surgen en su interacción con la población civil.

Los órdenes locales se refieren a la formación de centros de autoridad que introducen nuevos modos de control político, social y económico por parte de los grupos armados asentados en territorios con poblaciones (Véase Vlassenroot y Raeymaekers, 2005). La dinámica de los órdenes locales se traduce en el surgimiento de un proceso paralelo de construcción estatal. No solamente, el monopolio de la violencia estatal es suplantado, casi en su totalidad por uno nuevo, sino que los actores que allí se encuentran cumplen con funciones de protección y provisión de seguridad, regulación económica, administración de justicia e implementación de obras sociales. Así pues, las FARC, cuando incursionan en una vereda o municipio, establecen un sistema de reglas que busca controlar, regular, prohibir y disciplinar a las poblaciones asentadas en dichos territorios. Es frecuente que cuando un habitante desobedezca a las normas que las FARC imponen en el territorio, éste responda con sanciones y penas que castiguen la conducta de quien rompió la regla e incentiven a otros a no cometer el mismo acto.

Un elemento que hace que la presencia de las FARC en territorios determinados se asemeje a un proceso de construcción de Estado es que con la población surgen arreglos implícitos o explícitos. Los arreglos institucionales son importantes para la población porque, por medio de ellos, pueden ampliar sus oportunidades económicas y garantizar su supervivencia (Salazar y Castillo, 2005). La ley 002 de las FARC regula el cobro de impuestos que les permite desempeñar un papel de gobierno a través de la protección de poblaciones, la extracción de gran parte de los excedentes de la economía y la extensión hacia otras zonas. Para Richani (1994), las FARC juegan un rol de gobernante en sus zonas de influencia, en

donde exigen rentas de protección a comerciantes locales, narcotraficantes, grandes y medianos terratenientes y ganaderos. También, protegen la economía de subsistencia campesina, impidiendo la expansión de los actores que se aprovechan de colonos y campesinos. Muchas veces, argumenta Lair (1999), los pactos entre las guerrillas y la población revelan la existencia de una imposición de la oferta de la protección de los primeros a estos últimos. Estas fronteras entre oferta y demanda son borrosas, y por ende, saber si la adhesión o el pacto de protección se crea por consentimiento o por amenaza de muerte es una tarea difícil.

Sin embargo, aún cuando la demanda por la protección no es una preferencia explícitamente revelada por la población, los grupos armados pueden aprovecharse de su necesidad de protección y seguridad. Arjona (2008) expresa que de esta manera, tanto las FARC como los paramilitares, son capaces de ganar el reconocimiento de algunos pobladores. Para ello cita las ‘campañas moralizantes’ de los grupos armados, mediante las cuales imponen castigos contra ladrones, violadores y otros delincuentes y que es vista como un cambio positivo para la población. Otras veces, la intervención de los grupos armados atraviesa ámbitos más privados de la vida social y decide sobre las disputas entre vecinos y los procesos de disolución de matrimonios. En cualquiera de los casos, es imprescindible que los insurgentes sean capaces de crear cuerpos políticos que ejecuten las tareas que se propusieron llevar a cabo, recoger la información necesaria sobre los movimientos en la zona, consolidar el poder local y desempeñar su papel de gobierno.

Uribe (2001) se refiere a los *órdenes alternativos de hecho*, en donde los grupos guerrilleros suministran orden y tratan de construir consensos y formas embrionarias de participación. Salazar y Castillo (2001) desarrollan una apreciación semejante. Para ellos, el socavamiento del Estado colombiano va ligado con la acumulación y consolidación de las ganancias territoriales de las FARC que se asocian, indiscutiblemente, con la creación de formas estatales embrionarias. Inclusive, han aprendido a adoptar una estrategia de penetración del poder local, mediante la presión sobre funcionarios estatales a cambio de apoyo político. Ejemplo de esto fue el apoyo local que las FARC le dieron a las elecciones presidenciales de 1990 en algunas regiones del nororiente, en contraste con la fuertes campañas de ‘no voto’ que impulsó durante las elecciones para corporaciones públicas en ese mismo año. Actos de

sabotaje, amenazas a candidatos e intimidaciones a la población civil constituyeron las estrategias para incidir en los resultados electorales a nivel local. Es evidente que las FARC tienen un norte definido que se basa no tanto en el logro de las reivindicaciones sociales económicas y políticas, sino en la consecución de objetivos referidos al control territorial, influencia en el poder local y el aseguramiento de recursos. Como dice Pécaut (1999: 195), “más que levantar reivindicaciones de ciertos sectores sociales, las guerrillas conceden ahora prioridad al control de territorios, con el ánimo de imponer su autoridad sobre las poblaciones que, por cierto, no pueden dar su opinión.” Pero son, al mismo tiempo, algo más que una posición anti-estatal tradicional porque en lugar de buscar una destrucción total del Estado, las FARC ha optado por penetrar las estructuras políticas, presionarlas y supervisarlas (Salazar y Castillo, 2005).

Sin embargo, la instauración de estos órdenes locales no tiene siempre la misma presencia en todos los territorios porque, según Arjona (2008), los diferentes sistemas de autoridad de las poblaciones obliga a los actores armados a ajustar sus estrategias según el caso. Así las cosas, los actores armados deciden “instaurar un orden de control social en aquellas comunidades que cuentan con un sistema de autoridad débil (ineficaz, poco reconocido y poco arraigado); un orden de ocupación militar en aquellas comunidades que cuentan con un sistema de autoridad fuerte (reconocido, arraigado y válido); y un orden de infiltración en aquellas comunidades que cuentan con un sistema de autoridad intermedio.” (Arjona, 2008: 35) En Colombia, la presencia diferenciada de los órdenes locales instaurados por las guerrillas puede explicarse también por el tipo zona en la que se inserten los grupos armados: según sea una zona de colonización reciente o zona gamonalicia (González, Vásquez y Bolívar, 2002). En este sentido, la consolidación guerrillera en sociedades de reciente asentamiento se hizo posible porque ella misma (la guerrilla) fue la protagonista del proceso de colonización, mientras que en aquellas zonas que existía una integración mayor a la economía y la sociedad, la guerrilla se perfiló como una amenaza a la dominación ya impuesta y un obstáculo para el control de las autoridades presentes.

Se desprende de lo anterior que si la instauración de los órdenes a nivel local tiene variaciones, el uso de la violencia no siempre se constituye en la estrategia dominante para los actores armados, a pesar de que figure como un recurso fundamental cuando el uso de

otras estrategias no es suficiente. La existencia de una población con capacidad de decisión y la presencia de grupos armados enemigos pueden ser razones de peso para que el terror aparezca. Sin embargo, se requiere un argumento que pueda explicar por qué sucede de esa manera. En suma, si el uso de la violencia no acompaña siempre la presencia de los grupos armados en una región ¿por qué surge el terror como una estrategia utilizada por los grupos armados en contra de la población civil? A continuación, se analizan tres mecanismos que ayudan a dar cuenta de lo anterior.

3. Cuando los Grupos Armados optan por el Terror: Tres Mecanismos

El terror, como se indicó anteriormente, es una de las prácticas del repertorio estratégico de los grupos armados, que se emplea para regular el orden local que han construido o suplantar el orden que ha construido el adversario. El terror, por lo tanto, no es un fin en sí mismo, sino un recurso disponible que procura generar resultados acordes con los intereses de los actores. En esta sección, identifico y analizo tres mecanismos que pueden dar cuenta del uso del terror por parte de los actores armados en contra de la población. El argumento, entonces, es que el terror cobra sentido y tiende a aparecer cuando a) se produce el incumplimiento de la población civil, b) surgen oportunidades de influencia política local y c) surgen amenazas en la hegemonía territorial.

Como sostiene Charles Tilly (2008: 20), “los analistas suelen hacer referencia a causas de gran escala (pobreza, frustración generalizada, extremismo, competencia por los recursos, etc.), y las proponen como condiciones necesarias o suficientes para episodios completos de violencia colectiva.” La apuesta de este capítulo es encontrar, por el contrario, los mecanismos, es decir, “causas de pequeña escala: acontecimientos similares que producen en esencia los mismos efectos inmediatos en una amplia gama de circunstancias” Los mecanismos, según Elster (2007), son esenciales para explicar el comportamiento individual y aunque no sirven para hacer predicciones, permiten explicar el fenómeno.

El uso del terror varía en tiempo y espacio en función de un número mayor de elementos que acá no alcanzo a especificar. Los mecanismos analizados son tan solo una lista parcial que no abarca la totalidad de mecanismos que explican por qué los grupos armados deciden emplear el terror. Tampoco hago mención a cómo estos mecanismos se combinan para dar

lugar a procesos más amplios. Sin embargo, los mecanismos que abordo no son arbitrarios y, por el contrario, se desprenden de los intereses que los grupos armados tienen en relación con la población, el territorio, los recursos y la política gubernamental. Adicionalmente, aunque los puntos desarrollados se ilustran con información sobre el accionar de las FARC, el argumento no se limita a las estrategias practicadas por éste, sino que se extiende a otros grupos armados en Colombia.

3.1 Mecanismo #1: El Incumplimiento de la Población Civil

El uso del terror hacia la población tiene como objetivo principal la obtención del cumplimiento de las reglas establecidas por los actores armados. Por lo tanto, *el incumplimiento de las reglas* impuestas por los grupos armados, —que no solo desafía su autoridad, sino que pone en riesgo el orden que han construido— es un elemento importante que explica el recurso al terror. Esto se debe a que la población civil se constituye en un actor cuya cooperación es un elemento definitivo y estratégico para la consolidación de los actores armados en una zona determinada. Al referirse a este mecanismo, debe reconocerse que a) si bien el terrorismo es una decisión que tiende a generar incertidumbre en la población alrededor, dado sus efectos cognitivos y emocionales y su posible repetición en el futuro, b) el uso del terrorismo sobre la población es, para los grupos armados, un mecanismo de reducción de incertidumbre porque hasta cierto punto puede controlar algunos comportamientos e inducir el surgimiento de otros que desean. Así pues, Salazar y Castillo (2005) destacan la importancia que tiene el terrorismo en los actores del conflicto colombiano porque con su uso resuelven el enigma de la población que, como se sabe, se caracteriza por no ser estática en cuanto a la cooperación con los actores de la guerra.

Incluso, si se tiene en cuenta que los actores armados enfrentan problemas de escasez de información (Kalyvas, 2004) la *incertidumbre* puede operar como un mecanismo que explica el aumento en el uso del terror. Este mecanismo puede explicar en parte las olas de violencia hacia sectores particulares como los drogadictos, ladrones, líderes de organizaciones sociales, y otros que parecen amenazar con las reglas impuestas por las guerrillas o los paramilitares. En otras palabras, las acciones violentas sobre la población civil no tienen que producirse únicamente después de que el incumplimiento a las reglas haya ocurrido. Esto se debe a que las divisiones amigo-enemigo resultan bastante borrosas y muy difíciles de

reconocer porque cuando el enemigo llega a una región determinada, la población puede proteger a los combatientes escondiéndolos o haciéndolos parecer como parte de la población civil (Arjona, 2008; Kalyvas, 2006). Y precisamente por esta razón, a los ojos de los grupos armados casi cualquier persona —por cualquier motivo— puede ser considerado como parte del enemigo y ser objeto de un ataque violento.

Esta incertidumbre evoca el ‘problema de la identificación’ en las guerras civiles (Kalyvas, 2006) que hace que la eliminación de supuestos y reales colaboradores del enemigo sean ajusticiados selectiva o indiscriminadamente en forma de homicidio o masacre. Fichtl (2004) identifica varios elementos que contribuyen a que, en Colombia, los actores armados perciban la colaboración de la población civil con el enemigo. Un elemento recurrente es la ‘culpa por asociación’ en la que los grupos armados victimizan un individuo por su vinculación a un grupo familiar, cívico, político o por la asistencia a un evento religioso, de derechos humanos, entre otros. Una segunda situación percibida como colaboración es cuando los civiles son obligados a tomar decisiones que en invariablemente agravan a alguno de los actores armados: la obediencia o la desobediencia es considerado como ayuda al enemigo, dependiendo del actor armado, y en cualquier caso la población es condenada a muerte. Un tercer elemento consiste en las situaciones en la que los actores armados saben o creen que la población está dándole información al grupo armado rival. “Todos los grupos armados —legales e ilegales— instalan retenes en vías y ríos en donde inspeccionan documentos y hacen preguntas sobre los destinos y actividades pensadas de la población.” Los civiles tienen que ser cuidadosos con sus palabras, pues varios secuestros y ejecuciones sumarias han comenzado con una detención en un retén (Fichtl, 2004).

El terror es una acción que se dirige a inducir en la población civil un comportamiento determinado acorde con los objetivos del actor que lo ejerce. Cuando los actores armados se dan cuenta o creen que los civiles están incumpliendo sus reglas, la violencia aparece como la estrategia para castigar y evitar su repetición en el futuro (Kalyvas, 2004). En varias masacres cometidas en Colombia, las FARC han acusado a sus víctimas de ser colaboradores del Estado o los paramilitares, a pesar incluso de no contar con información completa sobre las acciones de los civiles que pretenden controlar. En consecuencia, para Fichtl (2004) la mayoría de la población civil se encuentra en una situación en la que deben

ser cuidadosos de no expresar simpatía o aversión por el grupo armado que opera en la región donde viven y trabajan.

3.2 Mecanismo # 2: Aprovechar las Oportunidades: La Influencia Política (local) de los Grupos Armados

Tanto en las dimensiones nacional como local, los grupos armados conservan intereses de influir en la política gubernamental sobre asuntos particulares. Los grupos armados pueden recurrir a estrategias de terror cuando aparecen *oportunidades de influencia política local* favorables a sus intereses o cuando existen condiciones que las afectan. La agenda de negociaciones del gobierno y su política de guerra, las decisiones sobre la asignación de presupuesto local, las fumigaciones sobre cultivos ilícitos y la posesión de figuras políticas, entre muchos otros, son aspectos que interesan a los actores porque, modificándolos o manteniéndolos, amplían su influencia en el escenario político. Si bien la participación de los grupos armados en la esfera política no puede reducirse a la dimensión nacional —toma del poder, por ejemplo—, las estrategias que usan tampoco pueden desligarse de sus objetivos políticos. Los grupos armados, por el contrario, intentan permanecer incluidos en la política nacional y mantener un importante control a nivel local (Véase Lair, 1999; Salazar y Castillo, 2005).

Con el uso del terror, los grupos armados pueden exigir condiciones, establecer amenazas creíbles, crear arreglos institucionales y reafirmar su posición como actores influyentes dentro de la guerra. Esta dinámica es bastante visible en la política local, en donde la influencia tiene menos obstáculos que a nivel nacional. Arjona (2008) se refiere a este tipo de situación como un orden de infiltración, en donde los grupos armados intentan penetrar ciertos sectores o individuos, por medio de los cuales pueden adquirir poder y transformar algunas dinámicas locales. Echandía (1996) argumenta que la expansión territorial de la guerrilla se traduce en el incremento de su capacidad de intimidación para aumentar su influencia a nivel local. Así, la guerrilla tiene la capacidad de elegir alcaldes y concejales, determinar los contratos, inversiones físicas y programas sociales.

Los secuestros y asesinatos a funcionarios públicos y candidatos, la intimidación y amenazas a políticos y votantes, la detonación de bombas y otros explosivos constituyen medios de

terror para imponer sus condiciones a nivel local o nacional. Sin embargo, el uso del terror para imponer condiciones varía según el nivel territorial sobre el cual el actor armado pretende incidir: a) a *nivel local*, los grupos tienen mayor capacidad de influir sobre la política porque resulta más fácil vigilar el territorio en donde ejercen su influencia, tienen un control mayor sobre la conducta de la población civil, pueden hacer arreglos con los políticos con mayores exigencias, y en caso de no obtener la colaboración que esperan pueden usar el terror; b) en la influencia política a *nivel nacional*, la vigilancia sobre la población y el control de los territorios no se constituyen en factores que puedan determinar tan fácilmente, como en la dimensión local, las decisiones políticas de tipo nacional. Si bien los grupos armados pueden penetrar las estructuras y establecer arreglos con ciertos políticos, la incidencia sobre resultados a nivel nacional no depende mucho del control que se tenga sobre la población. Este argumento se relaciona con los planteamientos de Arjona (2008: 36-37), quien sugiere que mientras que en zonas donde la población no tiene formas sólidas de autogobierno, los grupos armados pueden obtener una mayor influencia mediante un sistema de control social, en zonas más insertadas a la vida política y económica, dichos grupos pueden optar por formas de infiltración que le permiten ejercer poder de otra manera. Complementa su argumento, al sostener que “dado que el ejercicio de dicho poder se traduce en mayores rentas y mayor visibilidad política en los municipios ‘insertados’ que en los ‘aislados’, los grupos lograrían insertarse más fácilmente en los últimos pero buscarían, de todos modos, asentarse en los primeros por otras vías.”

En cualquiera de los casos —local o nacional— el uso de estrategias de terror cumple un papel importante cuando envía mensajes a la audiencia. Al respecto, Kalyvas (2006: 26) subraya que “la violencia desempeña una función comunicativa con una clara dimensión disuasiva —consistente con la descripción de las guerras civiles como tiempos miedo y eras de terror.” Así entonces, aunque la influencia de la política a nivel nacional presente mayores dificultades para los grupos armados, éstos pueden recurrir a la instalación de bombas, en lugares y momentos claves del proceso político, con lo que, sin duda, hacen conocer su posición sobre un tema en específico. A nivel local, Leech (2002) da cuenta de cómo las FARC despliegan campañas de terror e intimidación en contra de funcionarios y trabajadores en municipios colombianos, a las que los paramilitares responden con amenazas y declarando como objetivo militar a quien obedezca las amenazas de las FARC. La

desobediencia a las condiciones y presiones de los grupos armados tienden a resultar en olas de terror: las masacres de 4 concejales en Puerto Rico (Caquetá) y 9 concejales en Rivera (Huila) por parte de las FARC en el 2005 y 2006 respectivamente son ejemplos representativos del terror sobre la política subnacional. En todos los casos, la ventaja que los grupos armados tienen es que, como indican Rathbone y Rowley (2002), a un nivel relativamente bajo de costos, logran imponer altos costos para sus rivales. Así entonces, la imposibilidad del gobierno central de ofrecer protección y seguridad a los políticos locales pone en evidencia su vulnerabilidad frente a la violencia de los actores armados. Adicionalmente, los homicidios o masacres cometidas por cualquiera de los grupos tienen éxito al disuadir a otros políticos de permanecer en sus cargos, incumplir las condiciones impuestas o rechazar el diseño de pactos institucionales.

3.3 Mecanismo # 3: La Disputa Territorial

En la guerra, los territorios son cuestiones indispensables porque allí habitan poblaciones y existen recursos para su financiación. Los grupos armados exploran territorios y eligen aquellos que tienen un carácter estratégico para el control de la zona y que puedan proveer un escenario para la adquisición de recursos. Los corredores estratégicos, por ejemplo, hacen referencia a este punto porque por medio de éstos, los grupos pueden disponer de espacios de movilidad para sus tropas entre las regiones; salidas de escape para el repliegue o despliegue, antes o después de los combates; y espacios para la adquisición o transporte de los recursos que necesitan para su mantenimiento. Ante lo valioso de los territorios, las zonas de guerra se caracterizan —entre otras cosas— por la disputa territorial entre distintos grupos armados que pretenden obtener los beneficios que ofrece dicho elemento. Por consiguiente, un tercer mecanismo que explica el uso del terror es *la amenaza al control territorial* de un grupo armado por medio de la llegada y presencia de otro actor a dicho territorio.

La importancia del territorio ha sido reconocida por teóricos sobre las guerras irregulares (Eckstein, 1965; McColl, 1969) y más recientemente por el programa de investigación de las *microdinámicas de la guerra civil* (Kalyvas, 2006; Wood, 2003; Arjona, 2008; Balcells, 2008; Petersen, 2001). Esto se debe a que, como Kalyvas expone, los grupos armados maximizan control territorial en función del balance de poder militar local y la colaboración de los

individuos. Como punto de partida para explicar el uso de la violencia selectiva —en contraste con la de tipo indiscriminado—, la maximización de dicho control significa obtener la colaboración exclusiva de los civiles y eliminar la defección que se traduce en la colaboración con el actor rival (Kalyvas, 2006). De manera semejante, Balcells (2008) señala que, dado que en las guerras de guerrillas, las líneas de fronteras son permeables y cualquier acción de un *defector* puede provocar la pérdida de control en una localidad, las acciones de la población civil pueden ser cruciales para los resultados de la guerra.

El argumento, por lo tanto, es que la entrada de un nuevo grupo armado a un territorio determinado amenaza con debilitar el control territorial que guardaba el antiguo actor armado. Su llegada y presencia entra en disputa con todos los intereses que el grupo antiguo había comenzado a llevar a cabo: así, el control sobre las poblaciones, los recursos financieros y la influencia directa sobre la política local se perfilan como los componentes amenazados. De esta manera, el terror ofrece un recurso para que los grupos armados disputen estos intereses. La amenaza del control territorial puede operar a varios niveles según los actores rivales y los otros mecanismos analizados: a) la amenaza por el control territorial puede explicar por sí sola la violencia, cuando el interés del actor armado que entra en la zona sólo consiste —inicialmente— en desplazar el grupo armado que ya estaba consolidado y /o la población que allí habita. Arjona (2008) caracteriza este tipo de casos como aquellos en donde el único objetivo del grupo es aterrorizar a la población y eliminarla, mediante su aniquilamiento o su desplazamiento masivo. Esto puede suceder, según ella, donde el valor estratégico del territorio implica contar únicamente con un alto nivel de cooperación o con un territorio despoblado; b) la amenaza por el control territorial puede también interactuar con mecanismos como la incertidumbre y el incumplimiento de la población civil y, en conjunto, explicar el uso del terror por parte del antiguo actor armado.²

En Colombia, las amenazas por la pérdida de territorios han sido constantes y generadoras de olas de violencia contra la población. Lair (1999) sugiere que es la voluntad de control de los espacios sociales y la instalación duradera de los actores armados en una guerra de larga duración las que explican la intensificación del terror en Colombia. Con un alcance más general, Kalyvas (2006) argumenta que las guerras civiles más mortales son aquellas en las que la violencia indiscriminada es alta y el control territorial de los actores cambia

frecuentemente. Así, Pécaut (2008) retrata la manera cómo los paramilitares han llevado a cabo su proceso de reconquista territorial a través de la expulsión sistemática —en forma de masacres— de los habitantes bajo el dominio guerrillero. Éstos a su vez dirigen campañas de terror en respuesta al accionar de los grupos paramilitares. Esta dinámica, vista globalmente, es lo que González et al. (2002) llaman un juego de espejos, anteriormente aludido, debido las respuestas miméticas que se manifiestan en las masacres dirigidas hacia las poblaciones controladas por el otro. En regiones como Urabá, Chocó, Norte de Santander, Montes de María, Magdalena Medio, entre otras, los grupos armados actúan con especial intensidad con el propósito de lograr control sobre los corredores y zonas de retaguardia, avanzada y obtención de recursos económicos (Echandía, 2004). “En la medida en que los paramilitares y las guerrillas se disputan los mismos territorios, su empleo contra la población civil se convierte en medio privilegiado de aislar al adversario, cortándole sus eventuales apoyos.” (Pécaut, 2008: 229)

4. Analizando la Violencia: Teoría de Juegos

El terror es ante todo un proceso e interacción estratégica que sucede entre los grupos armados, la población civil y el gobierno: las acciones tomadas por unos hacen que otros cambien sus acciones. La teoría de juegos, por lo tanto, es una herramienta metodológica importante que sirve para formalizar las intuiciones y los hallazgos del trabajo empírico. Su versatilidad permite analizar cuestiones recurrentes en las guerras civiles y el uso de la violencia, como por ejemplo, la incertidumbre, las amenazas y el aprendizaje. (McCarty y Meirowitz, 2007; Sandler y Enders, 2005) Los juegos bayesianos son un camino ideal porque permiten modelar la manera en que los grupos armados y la población civil utilizan de manera estratégica la información con respecto al otro: dado que los civiles, por ejemplo, valoran su seguridad y protección, no es extraño que en su proceso de interacción con otros grupos armados, aprendan a transmitir un tipo de información errada al grupo armado más débil en la zona.

Capítulo III. Las FARC y el Uso del Terror: Variaciones entre lo Local y lo Nacional

En las confrontaciones armadas, como se ha visto, los grupos involucrados pueden recurrir a la violencia contra la población civil y la clase política¹, con el fin de acercarse a los objetivos que persiguen. Una masacre contra un grupo de campesinos puede ser perpetrada para detener la filtración de información; la instalación de una bomba en un puente que comunica varias regiones puede hacer parte de una estrategia de atrición para desgastar al adversario; el asesinato de varios concejales puede llevarse a cabo para presionar sobre la destinación de recursos en un municipio o desaprobar la implementación de una política nacional. Los anteriores ejemplos no solo muestran el carácter instrumental de la violencia, sino que sugieren que el empleo de dicha violencia difiere según los objetivos del grupo armado y las consecuencias que éste quiere que se produzcan.

¿Qué explica las variaciones en el uso del terror por parte de las FARC? Naturalmente, el despliegue del terror por parte de los grupos armados no solamente responde a las dinámicas que surgen a nivel local con la población civil y el control territorial, sino también a dinámicas de tipo nacional. El objetivo principal de este capítulo es dar cuenta de las diferencias en el terror dirigido sobre los niveles local y nacional. El argumento central es que el uso del terror por parte de los grupos armados varía según la escala territorial sobre la cual dirigen sus objetivos, pues las dinámicas locales de la guerra dan lugar a una serie de problemas que difieren de los problemas que en el nivel nacional enfrentan los grupos armados. Se descubre que explicar las variaciones de la violencia a partir de dicha distinción es una tarea difícil porque exigiría preguntarse sobre las motivaciones que los grupos armados tienen cuando llevan a cabo una acción violenta. Por eso, se argumenta que una alternativa útil para comprender la variación del terror entre lo local y lo nacional es hacer una diferenciación entre la violencia ocurrida en espacios rurales y urbanos. La razón es que la dimensión local de la guerra, —más relacionada con la cooperación civil— tiende a ocurrir más en espacios rurales porque en dichos escenarios hay mayores posibilidades para

controlar el territorio y la población; en contraste, la dimensión nacional de la guerra encuentra en las ciudades —sin descartar a los espacios rurales— un contexto apropiado para afectar la política nacional, enviar mensajes con un alcance mayor y poner en entredicho la protección ofrecida por el gobierno.

Con el fin de acercarse a este planteamiento, usaré una base de datos sobre los incidentes de terror, en los que las FARC han sido los protagonistas. Dicha base de datos —que abarca el periodo 1975 a 2004 e incluye tácticas, objetos, fechas y lugares— servirá para observar cómo varía el terror en diferentes escenarios (rural o urbano). Con dicha evidencia, hago una breve descripción sobre la evolución del terror por parte de las FARC, desde 1975 hasta 2004. Luego, describo la táctica y los objetos (*target*) que han sido privilegiados por dicha guerrilla colombiana y formulo dos hipótesis en relación a lo anterior.

1. Los Niveles Territoriales: Objetivos de los Grupos Armados y Terror

Los grupos armados tienen objetivos que buscan conseguir de diversas maneras. La implantación de sistemas de normas en una región, el establecimiento de alianzas y arreglos con las elites políticas, el uso de acciones legítimas de guerra contra tropas militares o policiales, o el despliegue de la violencia sobre la población civil son medios disponibles que pueden ser empleados según la situación. En lugar de especificar detalladamente los medios con que cuentan los grupos armados para conseguir sus objetivos, el propósito de esta sección consiste en resaltar que los grupos armados tienen una serie de objetivos a nivel local que difieren de los objetivos a nivel nacional.

1.1 Lo Local y lo Nacional

Los objetivos de los grupos armados en una guerra civil no son uniformes en el tiempo o el espacio. Por el contrario, aquellos cambian y se transforman permanentemente según la interacción que sostienen con otros agentes y el contexto político que les rodea. Sin embargo, a pesar de la diversidad de objetivos y sus transformaciones, los grupos armados tienen ciertos propósitos que buscan incidir sobre los niveles local y nacional. La literatura sobre las microdinámicas de la guerra civil (p.e. Petersen, 2001 Kalyvas, 2006) ha sido esencial para dar cuenta de la dimensión local de la guerra, intentando explicar cómo el tipo de disputa militar —irregular o convencional— moldea algunos de los objetivos de los actores

armados y, en consecuencia, las acciones que despliegan en el curso de la confrontación. Por otro lado, la literatura sobre el terrorismo se ha dedicado a explicar cómo el uso de la violencia está vinculado con la existencia de grandes procesos políticos que los actores armados buscan afectar. (Bueno de Mesquita, 2005; Oots, 1986)

NIVEL TERRITORIAL		
	<i>Local</i>	<i>Nacional</i>
OBJETIVOS	Definidos por el carácter irregular de las guerras: -Población -Territorio -Recursos -Política Local	Definidos por la interacción directa con el gobierno: -Negociaciones -Presupuesto Nacional -Diseños Institucionales -Momentos Clave

Cuadro 1. Objetivos de los Grupos Armados según Nivel Territorial

En las guerras civiles, como indica el Cuadro 1, el uso del terror no está limitado exclusivamente a afectar un único tipo de objetivos. Las posiciones que consideran a los grupos armados como actores que sólo buscan ‘tomarse el poder’ u ‘obtener riquezas’ tienden ser débiles en términos explicativos, debido a que desconocen los diversos tipos de interacción que los grupos armados sostienen con la población, el gobierno y otros grupos armados. Por el contrario, los grupos armados comparten, al mismo tiempo, objetivos en la dimensión *local* y *nacional*, los cuales dependen, respectivamente, del tipo de enfrentamiento militar y la situación nacional del país donde se desarrolla la guerra. Así:

- a) La irregularidad en las guerras civiles es una característica esencial que las diferencia de los enfrentamientos militares convencionales y que define la forma de disputa con el adversario y, por ende, los objetivos que los grupos armados persiguen a nivel local (Cfr. Kalyvas, 2005; Kalyvas y Balcells, 2007; Arjona, 2008). Así entonces, los *objetivos locales* de los grupos armados son aquellos que, definidos por el carácter irregular de las guerras, se definen a partir del dominio de los territorios, a lo cual se articula la búsqueda por obtener un dominio estable sobre la población civil, las fuentes de recursos, y algunas decisiones políticas a nivel local.

b) La interacción directa de los grupos armados con el gobierno está vinculado con la definición de asuntos de orden nacional, de modo que los *objetivos nacionales* de los grupos armados tienen que ver tanto con los diálogos y las negociaciones con el gobierno, como con la definición del presupuesto nacional y la asignación de recursos para la guerra. Además, se vinculan con el diseño y cambio de las instituciones formales que operan en el país, así como con momentos centrales que indican algún cambio o transformación como, por ejemplo, la postulación de una figura nacional (Cfr. Kydd y Walter, 2002; Bueno de Mesquita; 2005; Figueredo y Weingast, 2001).

¿Qué implica la existencia de dos niveles territoriales diferenciados en relación con los grupos armados? La distinción entre dos tipos de niveles territoriales permite tener en cuenta que los problemas enfrentados por los grupos armados en la dimensión local son diferentes a los que enfrentan en la dimensión nacional. Por tal razón, el despliegue de la violencia por parte de los actores puede variar y manifestarse en diferentes modalidades, según el tipo de escala territorial sobre la que se pretende incidir. Sin embargo, esto no significa que exista una táctica que sea utilizada exclusivamente para incidir en la dimensión local y que no pueda emplearse para incidir en la dimensión nacional, o viceversa. Tampoco puede negarse que existe cierta continuidad entre la dimensión local y nacional.² Los asesinatos y masacres, las bombas, los secuestros y ataques armados sobre la población son las modalidades más utilizadas del despliegue asimétrico de la violencia y cualquiera de ellas puede utilizarse, bien sea para asegurar la obediencia de la población o para oponerse a un asunto de orden nacional.

Cuando la población civil decide no cooperar o simplemente incumple las reglas, o cuando el rival armado pone en riesgo la estabilidad de una región al incursionar en ella, los grupos armados están enfrentando problemas a nivel local. Cuando el gobierno decide romper las negociaciones con la insurgencia, aumentar el presupuesto militar o diseñar nuevas reglas que afectan el curso del conflicto, los grupos armados enfrentan problemas nacionales. “En otras palabras, la cooperación civil tiene mucho más que ver con el papel que los grupos armados juegan como actores *locales* que con su posición como bando en una guerra que se libra a nivel nacional en la defensa de unos u otros intereses.” (Arjona, 2008: 37) Además,

dado que el contexto de los grupos armados se caracteriza por tener un conjunto determinado de oportunidades y restricciones, dicho contexto es capaz de moldear la forma en que despliegan la violencia. Si los grupos armados desean influir sobre las decisiones políticas, deben tener en cuenta la diferencia de estrategias que deben seguir. Cuando pretenden afectar la política local, los obstáculos a los que se enfrentan son menores porque cuentan con la posibilidad de controlar la conducta del votante, controlar el territorio e incluso los recursos que llegan a las poblaciones. En ese contexto de mayor control sobre la población y el territorio, pueden hacer arreglos con los políticos con mayores exigencias y en caso de no obtener la colaboración que esperan pueden usar el terror. En contraste, el intento por afectar la dimensión nacional de las decisiones políticas advierte un grado mayor de dificultad: la vigilancia sobre la población y el control de los territorios no se constituyen en factores que puedan determinar tan fácilmente, como en la dimensión local, las decisiones políticas de tipo nacional. Si bien los grupos armados pueden penetrar las estructuras y establecer arreglos con ciertos políticos, la incidencia sobre resultados a nivel nacional no depende mucho del control que se tenga sobre la población.

Dada esta evidente diferencia entre los tipos de problemas enfrentados, el despliegue de la violencia puede tener variaciones según los objetivos que el grupo armado quiere conseguir. Por ejemplo, las masacres en el contexto de una guerra civil casi siempre ocurren para castigar y disuadir las defecciones de la población civil con el grupo armado que pretende controlar la región (Kalyvas, 1999). Un secuestro, por su lado, no sería una modalidad tan frecuente para este mismo caso —de defección de población civil— porque tiene funciones y efectos diferentes. Un secuestro, en lugar de ser un medio para castigar a los no-cooperantes, es un medio que tiene objetivos tan diversos como la financiación y la obtención de concesiones (Elster, 2004). Así mismo, la instalación de una bomba puede tener lugar en un momento en el que se quiere comunicar una posición desaprobatoria sobre un proceso electoral o aumentar la posición de negociación (Petersen, s.f.). Masacres, secuestros, bombas y otras modalidades de violencia, no obstante, son recursos permanentemente disponibles a los actores armados y constantemente utilizados para obtener sus objetivos: la violencia, entonces, siguiendo a Gambetta (1993) es un recurso, más que un producto final.

2. ¿Variaciones de la Violencia?: Entre lo Urbano y lo Rural

Desde un punto de vista metodológico, resulta difícil establecer un vínculo preciso entre la táctica de la violencia y el nivel territorial que el grupo armado pretende incidir. El problema es que dicha distinción exigiría indagarse sobre las motivaciones de los actores para establecer si una acción determinada se dirige, por ejemplo, a resolver problemas de colaboración civil o a afectar un proceso de negociación nacional. ¿Qué tan factible es dar cuenta de cierta variación de la violencia a partir de la distinción entre los objetivos en la dimensión local y nacional? Si bien sería algo problemático intentar hacerlo, sería desilusionante desistir de este esfuerzo en tanto que la existencia de objetivos e intereses, por parte de los grupos armados, dispersos entre lo local y lo nacional es incuestionable (cfr. Vásquez, 2006).

Una alternativa es distinguir entre la violencia en escenarios urbanos y escenarios rurales y reconocer la importancia que tienen los aspectos geográficos y topográficos en el desarrollo de una guerra interna. Así como los objetivos en el nivel local son diferentes que en el nivel nacional, la violencia en las ciudades no es idéntica a la violencia que ocurre en el campo. La conexión que salta a la vista es que lo rural está más relacionado con el nivel local, mientras que lo urbano más con el nivel nacional. Aunque las dimensiones local y nacional no equivalgan, de manera estricta, a los escenarios rural y urbano, respectivamente, esa conexión tiene mayor robustez.

Debe recordarse que las guerras irregulares son una expresión de la asimetría militar entre los adversarios. Los insurgentes, conscientes de su debilidad frente al gobierno, prefieren desplazarse por las zonas rurales más que en espacios urbanos. A pesar de la potencial riqueza de una ciudad, las zonas rurales proveen a la insurgencia la capacidad de controlar territorios y poblaciones, así como de acceder a gran parte de los recursos para su financiación. En espacios urbanos, la capacidad para controlar el territorio y la población, así como para acceder a recursos estables disminuye considerablemente. Esto se debe a que, como Kalyvas (2006) describe, el gobierno tiende a maniobrar tropas regulares y a ser capaz de controlar el terreno urbano y accesible, al tiempo que busca enfrentar militarmente a su oponente en terrenos montañosos y periféricos. Los insurgentes, por su lado, buscan apoyarse en zonas de retaguardia para esconderse y recurrir al hostigamiento y la sorpresa.

Incluso, algunos han considerado que la existencia de terrenos montañosos tiene un vínculo con el comienzo de las guerras civiles, porque proveen zonas de refugio para la insurgencia y dificultan el control estatal (Collier y Hoeffler, 1999; y Fearon y Laitin, 2003).

Por consiguiente, el escenario rural termina convirtiéndose en una zona dividida entre áreas controladas por el gobierno, áreas controladas por la insurgencia y áreas intermedias disputadas por ambos actores. Sin embargo, la selección de los territorios por parte de los insurgentes no está hecha al azar o sin algún tipo de cálculo estratégico. Como Robert McColl (1969) señala, las áreas guerrilleras se caracterizan por proveer acceso a importantes objetivos militares y políticos, tales como las capitales departamentales, las ciudades regionales y los servicios de recursos y transportes críticos. El caso colombiano, aunque con ciertas variaciones, confirma esta apreciación³: por lo general, las guerrillas han mantenido su presencia en zonas rurales de colonización, desde donde se apoyan para incursionar a cascos urbanos de pequeños municipios o asediar permanentemente los cascos urbanos intermedios (González, Vásquez, Bolívar, 2002).

Desde este punto de vista, si la asimetría de poder hace que la insurgencia se desplace y opere en escenarios principalmente rurales, surgen tres preguntas: i) ¿qué lugar tiene el terror en los escenarios urbanos?, ii) ¿cómo se manifiesta dicha violencia en las ciudades en comparación con espacios rurales?, iii) ¿cómo puede conectarse la distinción urbano-rural con los objetivos en lo local y lo nacional? Primero, la violencia de los grupos armados perpetrada sobre las ciudades es un elemento recurrente e importante de la estrategia insurgente. Evidentemente, existen ciertos matices en la variación de dicha violencia que, por lo general, depende de qué tan fuerte sea la capacidad militar de la insurgencia. En palabras de McColl (1969: 616) esto significa que “la mayoría de revoluciones nacionales contemporáneas comienzan en el campo y guardan los ataques sobre las ciudades mayores para las últimas fases de la revolución.”⁴ Si bien los grupos armados pueden guardar incursiones espectaculares sobre las ciudades en etapas posteriores de la guerra, los ataques de violencia siempre están presentes, pues para llevar a cabo un despliegue de terror no es necesario el control territorial y la presencia visible de los insurgentes.

Segundo, queda claro que la violencia en lo urbano puede manifestarse de manera diferente que en lo rural. En los escenarios rurales, la capacidad de la insurgencia para controlar algunas zonas y la dificultad del gobierno para vigilar la totalidad del territorio permite que los grupos armados puedan mantener una presencia más o menos estable sobre los territorios donde incursionan e instaurar órdenes locales. La interacción entre grupos armados y población civil, por supuesto, da lugar a una amplia variedad de órdenes locales que explica las variaciones de la violencia (Arjona, 2008). Por eso, las masacres y los ataques armados, entre otras, son acciones frecuentes en los espacios rurales. En los escenarios urbanos, la presencia de los grupos armados resulta más difícil y, por ende, menos estable debido a la baja capacidad para controlar el territorio. En contraste, más que un intento y capacidad disponible para controlar el territorio, en los escenarios urbanos los grupos armados se esfuerzan por *descontrolar* el territorio, causar inestabilidad y demostrar vulnerabilidad. En otras palabras, el terror urbano es diseñado, no tanto para tener dominio del territorio y la población, —pues la *asimetría* de una guerra irregular conlleva dicha implicación— sino para desafiar el control sobre áreas críticas y demostrar la inclinación a la irrupción y la vulnerabilidad a los ataques.⁵ (Savitch, 2005)

Tercero, si se recuerda la *dimensión local de la guerra* como aquella en la que los grupos armados controlan un territorio y buscan la colaboración civil, los escenarios urbanos aparecen como los menos propicios para ello, debido a la dificultad para hacerlo. Así mismo, si se recuerda la *dimensión nacional de la guerra* como aquella en la que los grupos armados buscan influir sobre asuntos de orden nacional, las zonas urbanas se perfilan como escenarios perfectos, porque las ciudades se prestan para enviar mensajes con alcance nacional. Por supuesto, estos argumentos deben ser tomados con precaución y tener en cuenta que los tipos ideales sólo son aproximaciones a una realidad en la que pueden existir múltiples cruces y zonas grises.

3. Las Dinámicas del Terror: algunas variaciones

Los grandes picos en el despliegue del terror por parte de las FARC han correspondido, por lo general, a situaciones de importancia nacional, aunque los pequeños picos no necesariamente indican momentos de menor importancia. Los cambios drásticos en la intensidad de la violencia sugieren, más bien, rupturas influidas por el accionar de las FARC

y las Fuerzas Armadas, la incursión del paramilitarismo y momentos que han sido claves del proceso político colombiano (Gráfica 1). Desde 1975 hasta el 2004, las FARC han cometido 1388 incidentes que se distribuyen en diferentes modalidades —ataque armado, bombas, secuestros, asesinatos, asaltos— y se despliegan hacia distintos objetos —gobierno, civiles, policías, militares, instituciones religiosas y educativas, negocios, entre otros. Su distribución no ha sido uniforme en el tiempo: aunque con un promedio anual de 47 acciones, 1975 presenta el número más bajo de ataques (2), en contraste con 117 ataques en el año de 1997.

La presencia diferenciada del terror es uno de los rasgos más sobresalientes de la confrontación en Colombia. Departamentos como Antioquia, Santander, Meta y Caquetá poseen el mayor número de acciones violentas, concentrando entre todos casi el 30% de todos los incidentes; otros departamentos como Guainía, Risaralda, Quindío, Vichada y Atlántico han sido escenario de menos del 2% de los incidentes perpetrados. La Gráfica 2 muestra cómo la lógica de esta variación coincide tanto con la consolidación y expansión de la guerrilla, como con el carácter estratégico de sus regiones: en el primer grupo de departamentos, las FARC a) han tenido una fuerte presencia histórica por su papel en el proceso de colonización (Caquetá y Meta⁶) y b) han disputado regiones de alto valor estratégico por la disponibilidad de recursos y corredores para la movilidad (Santander y Antioquia); en el segundo grupo de departamentos, por el contrario, la guerrilla no ha tenido una presencia fuerte.⁷

Aún más, el escenario rural es el lugar privilegiado de las acciones de las FARC. Esto no debiera ser extraño, en cuanto las FARC han sido una guerrilla que le debe al campo su nacimiento y expansión (cfr. Pécaut, 2008: cap. 3). De hecho, el 83% de los incidentes ocurridos se han producido en el campo, en contraste con el 17% de las acciones que han tenido los centros urbanos como epicentro (Gráficas 3 y 4). Ciudades como Bogotá, Medellín, Cali, Florencia, Bucaramanga y Villavicencio son, en ese mismo orden, los centros urbanos donde el terror se ha manifestado la mayoría de las veces, concentrando el 67% de la totalidad del terror urbano. Estas ciudades son elementales para las acciones de la insurgencia porque la posibilidad de incidir sobre aspectos nacionales es más amplia, en tanto su importancia política, económica y demográfica: “áreas delimitadas caracterizadas

por la alta densidad, el desarrollo continuo, las actividades diversificadas y ambientes interdependientes que son centrales para la totalidad de la sociedad.” (Savitch, 2005: 362) Las ciudades, por lo tanto, son cruciales para llevar a cabo una de las funciones esenciales del terror: el acto comunicativo y envío de mensajes a una audiencia más amplia (Corsi, 1981; Sandler y Arce, 2005; Kalyvas, 2004).

3.1 1975-2004: una larga trayectoria en el campo y la ciudad

Como cualquier grupo armado, las FARC han sufrido una serie de cambios, como consecuencia de los objetivos planteados como organización militar y política y de la necesidad de adaptarse al contexto que ellos mismos, junto con sus adversarios, han modificado (p.e. Ferro y Uribe, 2002). Como Pécaut (2008: 41) señala, “las estrategias de los protagonistas del conflicto, no solamente de la guerrilla sino también del ejército y los paramilitares, terminan por engendrar un nuevo contexto y transformarse a sí mismas.” Optar por una mirada temporal que muestre las variaciones de intensidad resulta útil para dar cuenta del cambio y evolución del uso del terror por parte de las FARC.⁸

Durante la etapa de *estancamiento* atravesada por las FARC, en sus comienzos, el grupo guerrillero no logra constituirse como un actor de verdadera capacidad militar, aunque luego de duros golpes logran recuperarse en 1974: de 2 acciones en 1975, logran escalar a 46 en 1979. Remontarse hasta este periodo da la posibilidad de saber que el uso del terror en una confrontación es una estrategia usual y que, para el caso de las FARC, ha sido recurrente en su historia. Incluso, a pesar de una posición militar desfavorable de las FARC, las ciudades han sido blancos de su acción insurgente, aunque la intensidad de la época no puede compararse con etapas posteriores de su desarrollo. Lo interesante, por lo tanto, es que los planteamientos que señalan el narcotráfico y la pérdida de una agenda política como factores del ‘terrorismo’ desconocen la habitualidad del terror en la guerra civil colombiana y confunden el efecto de variables exógenas como el tráfico de drogas.

No obstante, de un periodo en donde las FARC presentan un tímido despliegue de violencia, se abre paso a una etapa de *expansión*, en el que el proceso de crecimiento y fortalecimiento es mayor. Tanto los objetivos planteados por las FARC como algunos procesos políticos da cuenta de las diferentes intensidades de la violencia: aunque en 1982 las FARC se acogen al

proceso de paz de Betancur, 1983 aparece con el pico de violencia más alto, como consecuencia de la orientación estratégica de corte ofensivo planteada en la VII Conferencia; así mismo, la disminución de la intensidad en 1985 corresponde con un pacto de cese al fuego y su aumento, con el rompimiento de dicha tregua en 1987. En general, de un promedio anual de 24 ataques en el periodo anterior, logran aumentar a 49 ataques por año. Las ciudades también comienzan a 'abrir sus puertas' para que las FARC desplieguen acciones de terror: según la Gráfica 5, de un promedio anual de 2,6 ataques urbanos en el periodo anterior, aumentan a 5,3 acciones anuales en promedio. Una de las principales razones que explica la mayor capacidad para imponer resistencia al gobierno —mayor adversario de la época— fue la creación y el desdoblamiento de nuevos frentes que se evidenció en la extensión de su presencia territorial en varias regiones del país. Dicha extensión se concretó en 10 departamentos adicionales que pueden dividirse en 2 grupos: a) Sucre, Bolívar, Cesar, La Guajira, Magdalena, Caldas; b) Casanare, Guainía, Vaupés, Vichada. Es de notar que mientras que el primer grupo consiste en la región norte del país, en donde el paramilitarismo —más que el proyecto guerrillero— ha tenido mayor presencia y fortaleza, el segundo corresponde a una región que toma importancia por sus recursos (en especial Casanare) y su cercanía a las fronteras.

Entre 1990 y 2001, las FARC fueron capaces de dar forma a una etapa *ofensiva* que tuvo como escenario varios episodios de importancia nacional. El ataque sobre el campamento de Casa Verde, la Asamblea Constituyente, los procesos de negociaciones fracasados y varios cambios de gobierno son eventos transversales al accionar de las FARC. Aún cuando se registra un promedio de 59 acciones por año —consolidando una tendencia creciente durante once años— no debe olvidarse que la intensidad fue bastante desigual a lo largo del periodo. Así, los 18 incidentes del año 2001 contrastan abiertamente con 1991 y 1997 que reportan casi siete veces más acciones. El pico de 1991 se explica en gran parte por el rechazo al proceso de la Asamblea Constituyente y, en especial, como respuesta al ataque sobre Casa Verde en 1990. El año de 1997, por su lado, debe su incremento de intensidad tanto al fuerte proceso de sabotaje electoral, como el cambio estratégico planeado por las FARC, consistente en transitar de la guerra de guerrillas a la guerra de movimientos. Si bien las FARC produjeron un aumento considerable del número de acciones, su presencia, que ya había sido consolidado en la etapa anterior, se mantuvo igual. Sin embargo, la expansión

que habían logrado cuidadosamente entre 1980 y 1990 fue decisiva para alcanzar capacidad ofensiva: el terror urbano se duplica y, aunque el número de ciudades afectadas se mantiene estable, 6 ciudades (Barranquilla, Cúcuta, Mitú, Mocoa, Valledupar, Yopal) que no habían presenciado el terror, empiezan a hacerlo.

La etapa de *repliegue*⁹ se caracteriza porque disminuye el número de ciudades afectadas por el terror: en tanto que en las tres etapas anteriores, el número promedio de ciudades con violencia era 15, la etapa de repliegue muestra tan solo 8 ciudades afectadas por el despliegue del terror. Además, si se toma el terror en conjunto —tanto en el campo como en las ciudades— la totalidad de las acciones corre en sentido decreciente, al pasar de 68 acciones en 2002 a 25 acciones en 2004: la modernización de las Fuerzas Militares y el fortalecimiento del paramilitarismo se señalan como factores importantes en el retroceso de las FARC. Sin embargo, estas reducciones deben ser tomadas con precaución. De hecho, al observar a) la proporción entre el terror urbano y total durante la etapa ofensiva y b) el promedio anual de acciones en escenarios urbanos durante la misma etapa, las FARC muestran una tendencia creciente y mayor con respecto a momentos anteriores. Por eso, no existe la suficiente evidencia para afirmar que factores como las Fuerzas Militares y el paramilitarismo le hayan propinado un revés significativo a la capacidad militar de la guerrilla, como para sacarla del juego de la guerra.

3.2 Tácticas, Objetos, Escenarios: Dos Hipótesis

Una característica esencial del terror es su versatilidad y su capacidad de adaptarse a una variedad bien amplia de situaciones. En lugar de limitarse a acciones legítimas de guerra, los grupos armados tienden a recurrir, en una guerra civil, a diferentes estrategias que denotan una asimetría entre sus métodos y el target de la violencia. Para las FARC, los métodos y targets tienen valores y utilidades diferentes: así como unos métodos son más privilegiados que otros, los objetos de la violencia varían también según la situación.

Los ataques armados, los asesinatos, las bombas y los secuestros han sido los principales recursos en disposición de las FARC. La distribución en el uso de las distintas tácticas revela su relación con el tipo de objeto al que se dirige la violencia, así como el tipo de escenario donde tiene lugar. Con más de 650 acciones, los ataques armados constituyen el 49% del

repertorio utilizado por las FARC (Gráfica 6). Los ataques armados tienen como objetivo — de modo abierto y sin ningún rasgo de clandestinidad— ocupar o destruir una instalación o estructura física específica como, por ejemplo, pueblos, edificios y vehículos. Cuando se utiliza esta táctica, la policía, el ejército y las figuras gubernamentales son los objetos más atacados, a pesar de que son los más costosos de enfrentar, sobre todo si se tiene en cuenta el carácter presencial de los ataques armados. Sin embargo, el predominio de ataques armados sobre gobierno, policías y militares se explica porque la guerrilla concentra los ataques armados en escenarios rurales (91%), vulnerables al ataque y con poca vigilancia, mientras que en las zonas urbanas, las FARC se enfrentan a un poder militar contra el cual resultaría más costoso sostener enfrentamientos armados. En otras palabras, el campo es una zona especialmente útil para cuando los grupos armados deciden enfrentarse presencialmente, a través del despliegue asimétrico de recursos, al gobierno y las fuerzas del Estado.

Mientras que los ataques armados se realizan de manera presencial y abierta, el uso de bombas tiene una lógica diferente, por cuanto su ejecución se realiza de manera clandestina. Sin embargo, como indica la Gráfica 6, las bombas son el 18% de las acciones utilizadas por las FARC y los objetos a los que se dirige no difieren significativamente de los ataques armados (Gráfica 8 y 9). Así, las figuras gubernamentales y la fuerza pública vuelven a aparecer como víctimas de bombas por parte de las FARC, sin embargo, otros objetos resultan ser los más atentados: negocios, infraestructura y ciudadanos. Teniendo a las bombas como punto de comparación, vale la pena resaltar que todas las modalidades de acción —incluyendo las bombas— ocurren siempre con mayor frecuencia en lo rural que en lo urbano. Sin embargo, mientras que los ataques armados, los asesinatos y los secuestros ocurren, por lo general, en escenarios rurales entre el 87% y 91% de las veces, las bombas, en lo rural, ocurren el 58% de las veces. Esta diferencia sugiere que el uso de bombas — gracias a su clandestinidad— es un método bastante versátil que permite llegar a una diversidad de objetos y escenarios, sin la necesidad de un enfrentamiento directo. Aún más, las bombas son un método que genera terror en las audiencias alrededor, sin que exista la certeza de causar muertes o heridos físicos, pues la posibilidad de que esto suceda es parcial y algunas veces aleatoria. Por eso, son métodos útiles para descontrolar el control de

las zonas, causar temor en las audiencias y mostrar la vulnerabilidad de los habitantes y las autoridades.

En cuanto a los secuestros y asesinatos, éstos por lo general, comparten con los ataques armados la misma característica, basada en la presencia abierta del grupo armado. A pesar de esto, tienen una menor relevancia en las alternativas de las FARC: secuestros con un 14% y asesinatos con un 12%. Aún cuando asesinatos y secuestros no tengan la prominencia que comparten los ataques armados y las bombas, aquellos son esenciales para procurar efectos concretos y delimitados. Por ejemplo, los asesinatos —teniendo como objetivo matar una persona destacada y específica— son útiles para dirigir de manera precisa los ataques sobre la clase política, los policías y personas de negocio. De hecho, negocios y gobierno son los que más frecuencia presentan tanto en los asesinatos como en los secuestros. Los secuestros sirven a una variedad de objetivos que van desde obtener el pago de una suma de dinero hasta conseguir el intercambio de prisioneros. Por eso, las personas de negocio como los industriales y ganaderos, las figuras del gobierno y otros ciudadanos son los objetos más atractivos que permiten la consecución de estos propósitos.

Según lo planteado en las anteriores secciones, es posible formular dos hipótesis que tratan de dar cuenta de la variación del terror teniendo en cuenta la distinción entre lo urbano y lo rural. La pequeña parte de la variación por la que ambas hipótesis pretenden indagarse tiene que ver fundamentalmente con el método utilizado por los grupos armados y por el objeto sobre el cual es desplegado el terror (Cfr. Tablas 1 y 2). De ahí, se sugiere la conexión entre los objetivos de los grupos armados (local-nacional) y la distinción entre los escenarios rurales y urbanos.¹⁰ Las dos hipótesis son:

H₁: En zonas urbanas, los grupos armados optarán por recurrir con mayor frecuencia al uso de las bombas, por encima de otros métodos.

H₂: En zonas rurales, los grupos armados dirigirán la violencia, con mayor frecuencia sobre la policía y el ejército, que por encima de otros objetos.

La *Hipótesis 1* sostiene que, en escenarios principalmente urbanos, los grupos armados recurren con mayor insistencia en el uso de bombas. Es evidente que las FARC moviliza esfuerzos para instalar un mayor número de bombas en los centros rurales de población que en las ciudades grandes o intermedias, tendencia que no tiene que sorprender dado que la

asimetría de la guerra se traduce en una mayor prevalencia de lo rural. Esto lo confirma la distribución de las bombas según los dos tipos de escenarios: mientras que en el campo se han colocado 137 bombas, en las ciudades 96 bombas han sido instaladas. Aunque los grupos armados prefieren las zonas rurales que urbanas para sus operaciones —pues el gobierno suele tener más acceso y control sobre las ciudades— los escenarios urbanos proveen un escenario ideal para desestabilizar el gobierno y mostrar vulnerabilidad (Savitch, 2005). Los datos confirman esta apreciación. Del total de 222 acciones violentas perpetradas en las ciudades, las bombas ocupan el primer lugar —con respecto al resto de métodos— con un 43%, sobrepasando considerablemente el uso de los ataques armados que se ubica con un 26%. Además, los negocios, los ciudadanos/propiedad privada y el gobierno hacen el 60% de los objetos atacados con bombas en las ciudades. Al parecer, esto sugiere que para las FARC la clandestinidad de las bombas permite desafiar la primacía del control urbano por parte del gobierno y logra enviar mensajes desafiantes: ‘la guerra está en las ciudades’, ‘la guerrilla no está derrotada’, ‘el gobierno no puede ofrecer protección’. Aún más, el privilegio de las bombas en las ciudades responde a los costos relativamente bajos que involucra dicho método, en relación con un ataque armado —en donde el acto presencial de este último y la posible respuesta militar del enemigo lo hacen poco atractivo en escenarios urbanos.

La *Hipótesis 2* formula que, cuando de escenarios rurales se trata, los grupos armados dirigen su violencia particularmente sobre policías y militares. Uno de los argumentos que pretende sostener dicha afirmación es que ambos son el blanco más escogido por las FARC, debido a que la insurgencia tiene una mayor capacidad de movilidad en escenarios rurales, mientras que en zonas urbanas la violencia resulta más costosa. Además, los policías y militares se constituyen en los objetos fundamentales para emplear una estrategia de desgaste, disputar ciertas regiones y rechazar su presencia. Sin embargo, si se pensaba que la fuerza pública como blanco privilegiado era una característica de las zonas rurales, una mirada a los datos muestra algo diferente y contradice, en gran parte, la hipótesis formulada. La policía aparece, como el blanco más atacado por las FARC, tanto en las zonas rurales (24%) como urbanas (24%). Además, los militares no figuran como uno de los objetos más atacados en ninguno de los escenarios: en las ciudades, después de la policía, siguen los

negocios y el gobierno; en zonas rurales, luego de los policías, el gobierno es el objeto con mayor frecuencia de ataques.

Capítulo IV. Conclusiones

Esta investigación se propuso abordar las dinámicas endógenas de la guerra civil en Colombia. Más precisamente, se limitó a estudiar solo una pequeña parte de las guerras civiles: el terror desplegado por los grupos armados en contra de la población civil. Varias perspectivas teóricas y metodológicas se habrían podido escoger con el fin de estudiar el terror en Colombia: los enfoques históricos (Laqueur, 1980), sociológicos (Waldmann, 2007) o psicológicos (Gurr, 1974) son algunos caminos disponibles. Es evidente que la opción por alguno de ellos habría cambiado radicalmente la formulación de las preguntas que suscita el comportamiento de las FARC en Colombia. La apuesta de esta investigación, por el contrario, fue adoptar la perspectiva sobre los *microfundamentos de la guerra civil*, la cual obligó a considerar el control territorial y el carácter irregular de la guerra colombiana. Dicho camino permitió sugerir ciertas preguntas, y proceder con ciertos métodos que no han sido privilegiados lo suficiente en los estudios sobre violencia: a un nivel micro de análisis y usando métodos tanto cuantitativos como cualitativos, se indagó sobre la relación entre los objetivos de los grupos armados y el uso de la violencia; los mecanismos que pueden dar cuenta del empleo del terror; y las variaciones en su uso según la dimensión local o nacional.

Lo que muestra la investigación es que, a diferencia de la percepción común, las FARC han utilizado desde hace varias décadas estrategias de terror en contra de los habitantes de las regiones, políticos, comerciantes, y miembros de la fuerza pública, entre otros. A nivel teórico, esto no debe sorprender si se recuerda que la guerra irregular es un escenario propicio para las prácticas de terror. A nivel empírico, se descubrió que las FARC se han dedicado a la detonación de bombas, los ataques armados, los secuestros y asesinatos a lo largo de su existencia. Se constató, además, que la violencia es ante todo un proceso, es decir, una situación que sigue y precede un conjunto de acciones y mecanismos. Centrarse en el nivel local de la guerra colombiana pone particularmente en evidencia el carácter procesual del terror perpetrado por las FARC: para entender las olas de terror no puede descartarse el análisis de las acciones de otros agentes, ni de los mecanismos que operan

como detonador de la violencia. El encadenamiento de múltiples mecanismos no solo resulta en procesos más amplios de violencia, sino que ilumina el carácter estratégico de la violencia. Las acciones de la población civil (p.e. colaboración con el rival) afectan las acciones de los grupos armados (p.e. uso del terror) y viceversa: ambos, por lo tanto, deben anticipar las acciones del otro con el fin de determinar la mejor elección propia.

Se identificaron tres mecanismos que dan cuenta de por qué, en lugar de combatir a sus enemigos militares, los grupos armados ejecutan asesinatos y masacres contra la población civil. La violencia contra los civiles no es simplemente una acción que los grupos armados prefieran todas las veces, sino una estrategia —entre muchas otras— que se ajusta a la de los rivales y habitantes de una zona, y que varía de caso a caso. En palabras de la teoría de juegos, el terror no es siempre, para los actores armados de la guerra, una *estrategia dominante*, pues hay veces que la instauración de reglas (tanto formales como informales) posibilita —sin el uso intensivo de la violencia— la convivencia entre grupos armados y poblaciones. No obstante, el terror es frecuente: el incumplimiento de la población civil, la existencia de oportunidades de influencia política, la disputa territorial y la incertidumbre son mecanismos que suelen estar presentes a lo largo de las diferentes situaciones de terror. Este análisis basado en mecanismos permite sostener con firmeza que el estudio de la violencia en la guerra requiere tener en cuenta, estudiar e investigar mecanismos de orden ambiental (*oportunidades de influencia política*), cognitivo (*incertidumbre*) y relacional (*incumplimiento de la población y disputa territorial*).¹

Ante todo, queda por investigar con mayor cuidado las formas en las que los distintos mecanismos interactúan entre sí y con otros nuevos: las olas de terror pueden aparecer, entonces, gracias a la interacción entre a) el arribo de un grupo armado *X* a una región controlada por *Y*, b) la incertidumbre que tanto *X* como *Y* experimentan y c) la defección de la población civil. En consecuencia, se puede sugerir que la incertidumbre tiende a eslabonarse de manera constante y notable con el incumplimiento de la población civil y la disputa territorial. Los grupos armados buscan evitar la defección a toda costa y sin duda existe la posibilidad de que los civiles provoquen, por ejemplo, una filtración de información que termine afectando la estabilidad del grupo armado. El problema, entonces, es que éste último no siempre tiene la información completa para llevar a cabo los castigos por el

incumplimiento a sus reglas, dando como resultado la producción de violencia indiscriminada (Kalyvas, 2006). Eso puede explicar por qué muchas veces los grupos armados, al arribar a una región determinada, emprenden campañas de ‘limpieza social’: dado que es incierto quién o quienes incumplirán las reglas, es mejor eliminar, incluso antes de que incumplan la norma, aquellos que puedan representar un riesgo. Como si fuera poco, el mecanismo de disputa territorial termina interactuando e incrementando la incertidumbre de los grupos armados, al posibilitar que la población civil pueda prestar su colaboración a un nuevo grupo armado. Varias masacres de paramilitares y guerrillas han comenzado de esa manera. Uribe y Vásquez (1995: 48) describen con precisión este escenario: “los grupos paramilitares que operaron y aún operan en la zona [Magdalena Medio] han ejecutado numerosas masacres [...], sembrando el terror entre las poblaciones donde actúan los frentes de las FARC y del ELN, o donde éstos tienen sus bases de apoyo.”

La investigación sobre los procesos y dinámicas de las guerras, por lo tanto, tiene como reto dar cuenta de las variaciones en la violencia y explicar por qué algunas veces hay violencia y otras veces no. Estudios como el de Arjona (2008) y González, et al. (2002) buscan establecer —si bien desde distintas orientaciones metodológicas— explicaciones sobre por qué y cómo se manifiestan procesos diferenciados a lo largo y ancho de una guerra civil. Intentando ir en la misma dirección, esta investigación se indagó sobre las variaciones en el uso del terror desarrollado por las FARC. La perspectiva fue algo diferente a la de dichos estudios porque quiso examinar y dilucidar cómo variaba la violencia según los objetivos de los grupos armados a nivel local y nacional. La idea central es que los grupos armados tienen intereses en la dimensión local y nacional de la guerra, de manera que para cada uno de ellas, enfrentan diferentes tipos de problemas. Esto, a su vez, hace que el despliegue de la violencia no se manifieste de la misma manera en todos los escenarios. Con este argumento, se tuvo el gran inconveniente de indagarse sobre las motivaciones, algo que para el estudio de la violencia conviene descartar. Las guerras civiles, como apunta Lichbach (1995), son escenarios propensos a la ‘falsificación de preferencias’ por parte de sus participantes.²

Sin embargo, se propuso trabajar sobre la distinción rural-urbano y se logró obtener dos ventajas evidentes: primero, dado que la distinción aludida tiene un carácter más objetivo, se

encuentra al margen de la pregunta sobre las motivaciones; segundo, toma seriamente en consideración los aspectos territoriales que cualquier teoría sobre la violencia en las guerras civiles debería incluir. De tal forma, se identificó que, mientras que la dimensión local de la guerra se vincula más con los escenarios rurales, la dimensión nacional guarda una mayor relación con los escenarios urbanos. ¿Cómo se argumentó esto? Por un lado, el terror en escenarios rurales es dirigido por los actores armados para resolver problemas locales, dada su capacidad para controlar el territorio y la población. Por otro lado, el terror urbano no se dirige tanto al control del territorio, como sí para desestabilizar, desafiar y poner en vulnerabilidad, es decir, para enviar un mensaje que, por las características de las ciudades, tiene un alcance y trascendencia nacional. Así, los resultados del análisis empírico sobre el accionar de las FARC en el conflicto armado colombiano pueden sintetizarse en algunas afirmaciones generales:

- El terror ha sido una estrategia permanente y con un comportamiento creciente desde 1975. Los grandes aumentos de la violencia corresponden, por lo general, a la existencia de tres procesos políticos de gran escala: rompimiento de negociaciones, diseños institucionales y cambios de gobierno.
- El terror desplegado por las FARC se manifiesta de manera diferenciada en el territorio y su alta frecuencia se sitúa, por lo general, en zonas de alto valor estratégico como Antioquia, Santander y Cundinamarca, en contraste con regiones como Guainía, Vaupés o Vichada.
- A pesar de que el terror tiene una mayor presencia en lo rural que en lo urbano, cuando deciden desplegarlo en este último tipo de escenarios, las FARC tratan de afectar las ciudades más grandes e importantes de Colombia: Bogotá, Medellín y Cali.
- La distribución en el uso de las distintas tácticas revela su relación con el tipo de objeto al que se dirige la violencia, así como el tipo de escenario donde tiene lugar. De este modo, a) Las bombas son el método por excelencia del terror urbano porque, sin la necesidad de un enfrentamiento directo, llegan a una diversidad de objetos y escenarios, indican vulnerabilidad e incapacidad de protección del gobierno central; b) El campo es una zona especialmente útil para cuando los grupos armados deciden enfrentarse presencialmente, a través del despliegue asimétrico de violencia, al gobierno y las fuerzas del Estado.

El caso colombiano suministra, sin duda alguna, un material importante de información para estudiar las dinámicas y procesos violentos y no violentos de la guerra civil. Más que respuestas definitivas, esta investigación abre camino a un número amplio de interrogantes: ¿Cuál es el papel de la escasez de la información en las dinámicas de la violencia?, ¿a través de qué mecanismos los grupos armados tratan de reducir la incertidumbre?, ¿qué tipo de incentivos generan las políticas contrainsurgentes del gobierno para poblaciones que han convivido por siempre con grupos armados ilegales?, ¿cómo la guerra civil moldea las identidades políticas de diferentes actores sociales y políticos?, ¿qué elementos explican el surgimiento de la neutralidad en medio de la violencia?, qué define el grado de violencia producida por los grupos armados sobre la población civil?, ¿cuáles son las dinámicas locales del cambio institucional en la interacción entre grupos armados y civiles?. Estas preguntas son referentes primordiales para abrir y explorar la ‘caja negra’ de la guerra civil. Para esclarecer dichas cuestiones, resulta importante recurrir a la metodología comparada para analizar, tanto al interior de Colombia como con otros casos, las variaciones en los patrones de la violencia y demás procesos ocurridos.

NOTAS

Introducción y Metodología

¹ Los microfundamentos aplicados al estudio de la guerra civil se caracterizan por producir trabajos multi-métodos que, integrando el análisis de control territorial y la utilización de datos desagregados, buscan encontrar los mecanismos causales de las diversas dinámicas de la guerra. Entre los temas más estudiados por el programa de investigación de las *microdinámicas de la guerra civil*, se encuentran los patrones del conflicto, las dinámicas de la violencia, la lógica del reclutamiento y desplazamiento y los procesos de desmovilización (Kalyvas, 2007). Más adelante se hace una explicación con mayor detalle.

2 Se ha procedido de modo deductivo porque se tiene como base fundamental ciertas premisas de las guerras civiles irregulares y algunos supuestos sobre la racionalidad individual y el carácter estratégico de las interacciones. Se ha procedido inductivamente, por otro lado, porque se ha recurrido a literatura secundaria sobre el caso colombiano, datos empíricos, y fuentes de prensa.

³ No es raro, por lo tanto, que un lugar común de casi cualquier trabajo sobre el terror comience abordando la dificultad de estudiarlo por los juicios e interpretaciones que suele hacer la prensa, alguna literatura, la gente del común y sectores políticos.

⁴ La Inferencia Ecológica, sostienen King, Rosen y Tanner (2004) es el proceso de extraer pistas sobre el comportamiento individual de la información disponible a nivel agregado o grupal. Esto sucede, sobre todo, cuando los investigadores necesitan datos sobre el comportamiento individual y no pueden recurrir a ellos. La Inferencia Ecológica se vuelve, por lo general, un problema porque en los datos 'agregados' mucha información valiosa queda perdida, dificultando, por lo tanto, el análisis de comportamientos individuales a partir de variables agregadas. Para el caso de la violencia y la guerra civil, es un problema recurrente que las microdinámicas de la guerra civil pretende solucionar. Un ejemplo por excelencia que ilumina la inferencia ecológica como problema es el modelo de Collier y Hoeffler (1999) sobre el comienzo de la guerra civil.

⁵ Por supuesto, las variables (democracia, represión, crecimiento, etcétera) tenían una justificación teórica para ser introducidas al modelo pero dicha metodología ocupaba un lugar central y casi único que, con el tiempo, fue develando sus debilidades, por lo menos en la forma en que se estaba haciendo. Más adelante me refiero a este punto.

⁶ La distinción entre las dimensiones micro y macro del terror tiene que ver con el nivel de observación. La explicación del terror a nivel *macro* se caracteriza porque analiza el fenómeno a partir de variables que no tienen un fundamento en el comportamiento individual. En este sentido, los trabajos empíricos de esta tipo suelen recurrir al uso de variables independientes referidas a la democracia, la represión política, crecimiento económico, entre otras. Por otro lado, la explicación del terror a nivel *micro* se caracteriza por partir de supuestos sobre el comportamiento individual y sus interacciones, para luego, ser comprobadas con datos recogidos a un nivel desagregado.

⁷ Los modelos de regresión sufren de un problema que suele denominarse 'sesgo por variables omitidas'. Esto se refiere a los problemas que surgen en los resultados cuando no se introduce, en el modelo, una o varias variables que debieran estar incluidas. La solución no es, sin lugar a dudas, introducir tantas variables como se pueda. En su lugar, una sólida especificación teórica es más capaz de resolver el

problema. Para conocer sobre este problema metodológico en la ciencia política, puede consultarse Clarke (2005).

⁸ Esta afirmación la hago sobre la base de algunos ejercicios preliminares de modelamiento que realicé al inicio de la investigación. Mientras que al comienzo suponía que los resultados —totalmente opuestos a la predicción de la teoría— se debían a la forma en que distribuía los periodos, caí en cuenta que dichos resultados se debían más al tipo de supuestos que tenía en mente: no consideraba la guerra civil y, por ende, el control territorial. Además, las variables incluidas estaban sobreagregadas. En los anexos, de todos modos, incluyo las hipótesis que comenzaron en la investigación.

Capítulo I

¹ No es extraño, por lo tanto, encontrar que en el uso de palabras que denotan una acción —de terror, por ejemplo— se valgan algunos para emplearlos como adjetivos que sirven para descalificar el adversario. Los sesgos, más que las delimitaciones conceptuales que ayuden a su comprensión, abundan y obstaculizan el conocimiento riguroso y sólido acerca de la materia.

² Evidentemente, existen guerras civiles convencionales e irregulares, pero el énfasis en los enfrentamientos de este último tipo se debe a que Colombia tiene características de una guerra irregular. Para ver las diferencias principales entre los dos tipos de guerra, Kalyvas (2005) y Balcells y Kalyvas (2007) son referentes importantes.

³ De hecho, el conteo de homicidios y muertes se ha constituido en un criterio de definición. Mil muertes al año asociadas a la violencia del conflicto es el umbral clásico para decidir si se habla o no de guerra civil, aunque los problemas asociados con este método han sido ampliamente discutidos, reevaluados y reformulados. A pesar de los problemas y las reformulaciones a estos problemas, este criterio operacional es más riguroso y defensible que otros si se combina con otros criterios *ad hoc*. Por eso, sin desconocer las dificultades teóricas y de medición sobre el comienzo, desarrollo y fin de una guerra civil, Sambanis (2004), quien propone once reglas operacionales, es una excelente referencia en el campo.

⁴ Es de notar que las definiciones no ofrecen información sobre las causas de la guerra, sus motivaciones específicas o la participación de la población civil, siendo estos tres puntos algunas de las más controversiales discusiones y disputas teóricas presentes en la actualidad. Dichas consideraciones son omitidas, no porque una teoría sobre aspectos específicos de la guerra civil no pueda o no deba abordarlos, sino porque guardan como propósito obtener una delimitación precisa, clara y fiel a la realidad y distinguirla de otro tipo de eventos.

⁵ Se refiere esto a los autores que entienden la violencia en su dimensión física, en contraste con otros como Johan Galtung (1969), quienes insisten en hablar de violencia estructural. A este respecto, Gronow y Hillpo (1970) plantean que es conveniente abandonar el concepto de violencia estructural y referirse, más bien, a un conjunto de injusticias sociales que pueden referirse a problemas como la pobreza, las desigualdades, etcétera. Sin duda, la complejidad del debate es mucho mayor a la simpleza y caricaturización que hago sobre las diferentes escuelas de la violencia. No obstante, esta distinción logra captar las diferencias tan abismales entre una y otra y logra dar luces de los diferentes resultados que implicaría trabajar con una y no con otra.

⁶ Ted Gurr (1974: 12) define la violencia política como “cualquier ataque colectivo interno contra un régimen político, sus personajes incluyendo los diferentes partidos de la oposición o en el poder—y sus programas”, así como “la práctica o amenaza de procedimientos violentos por parte de un partido o de una institución para alcanzar determinados fines, dentro o fuera del orden político.”

⁷ Sin ser menos preocupante, el uso del término ‘terrorismo’ ha dejado, en muchas ocasiones, de ser una palabra que denota una estrategia, para convertirse en un adjetivo descalificativo que cumple funciones de deslegitimación política. Usar la palabra *terror*, en lugar del término *terrorismo* puede ser menos perjudicial para el análisis, porque no tiene una carga valorativa tan negativa y porque se restringe a apuntar una estrategia.

Capítulo II

¹ Algunas variaciones permiten ser explicadas por los planteamientos de Díaz y Sánchez (2007), quienes encontraron que, para el caso de las FARC, los municipios con presencia de coca experimentaron 4,2 ataques en promedio por año, mientras que aquellos sin cultivos de coca experimentaron tan solo 1,3 ataques en promedio. Sánchez, Solimano y Formisano (2005) reportan resultados similares y encuentran que algunos determinantes de la violencia global en el país son la ineficiencia de la justicia, el tráfico de drogas y la actividad y presencia de los grupos armados —gracias a mecanismos de difusión, desplazamiento e imitación.

² Es más, debería ser evidente que el control territorial y sus implicaciones tenga interacciones con otros mecanismos porque los territorios, como se ha argumentado, son elementos claves de toda guerra civil irregular, que interactúan con otra serie de aspectos igualmente importantes como la población civil, los recursos, entre otros.

Capítulo III

¹ Es claro que los políticos hacen parte de la población civil, pero en este caso distingo a la población civil de la clase política con el fin de referirme a los propósitos, de los actores armados en usar la violencia, que pueden variar según se ejerza sobre un campesino o sobre algún personaje político. Si bien existe una conexión y continuidad entre ambos, la distinción puede resultar útil si se tiene en cuenta que gran parte de la violencia sobre civiles *no-políticos* puede darse por dinámicas a nivel local (Capítulo 2), en tanto la violencia sobre civiles *políticos*, en concreto, puede tener objetivos para incidir en lo nacional.

² Aunque es difícil inferir los objetivos de los actores según los comportamientos observados, la alternativa es seguir una suerte de camino deductivo —en la que se asume que los grupos armados persiguen unos objetivos gracias al tipo de confrontación existente y contexto que les rodea— y recurrir también a ejercicios inductivos. Triangular información es un procedimiento provechoso y formular modelos con teoría de juegos es un camino importante cuando se tiene una serie de intuiciones y hallazgos que se quieren poner en lenguaje formal para luego comprobar empíricamente. Los caminos de

investigación nunca deben agotarse pues, como dice Feyerabend, en la ciencia importa mucho la imaginación del investigador.

³ En Colombia, mientras que la guerrilla opera en zonas de colonización para incursionar a espacios urbanos, los grupos paramilitares, por el contrario, avanzan desde los cascos urbanos intermedios hacia corregimientos e inspecciones de policía de las zonas periféricas campesinas (cfr. González, Vásquez y Bolívar, 2002).

⁴ Por ejemplo, entre 1996 y 1999, las FARC ejecutaron el cambio estratégico que se habían propuesto años anteriores y que consistía en transitar de la pasividad bélica a la combinación de inteligencia, planificación, asedio, asalto y copamiento. El momento cúspide de este proceso fue la toma y control provisional de Mitú (Vaupés), una capital departamental del suroriente de Colombia. No es el momento para profundizar en este episodio, sino solo para referenciarlo como un momento que evidenció una alta capacidad militar de las FARC que puso en duda la preparación de las Fuerzas Militares. Este evento, más que pertenecer a una tendencia en la capacidad de la guerrilla, fue una excepción. Las FFAA lograron recuperar el control de la ciudad después de algunos días, aunque con la colaboración de Brasil. Como opinan algunos, el ataque sobre Mitú fue contraproducente, pues provocó la modernización del ejército: el Plan Colombia y la Política de Seguridad Democrática son pruebas de ello.

⁵ No sobra recordar lo que se había sostenido anteriormente: mientras que el gobierno tiende a maniobrar tropas regulares y a ser capaz de controlar el terreno urbano y accesible, al tiempo que busca enfrentar militarmente a su oponente en terrenos montañosos y periféricos, los insurgentes buscan apoyarse en zonas de retaguardia para esconderse y recurrir al hostigamiento y la sorpresa (Kalyvas, 2006).

⁶ No significa que el Caquetá y Meta no sean regiones estratégicas por recursos y movilidad, sino que ambos departamentos han sido escenarios importantes de la expansión de la guerrilla.

⁷ Esto confirma los hallazgos de algunos autores (González, Vásquez y Bolívar, 2002; Bejarano, *et al.*, 1997) en el sentido en que no solamente las guerrillas pasaron de zonas de colonización periférica a zonas de mayor riqueza económica, sino que también el conflicto colombiano, en su totalidad, se manifiesta de manera diferenciada a lo largo del territorio. El terror, entonces, parece responder a esta misma dinámica.

⁸ La división temporal que tomo es la periodización propuesta por Pécaut (2008), la cual deja ver las rupturas de las FARC. La periodización se divide en etapas de: a) estancamiento (1966-1980), b) expansión (1980-1990), c) ofensiva (1990-2001) y d) repliegue (2002-2007).

⁹ Esta etapa todavía se encuentra en curso y lamentablemente la base de datos que usa este capítulo sólo va hasta el 2004. Las afirmaciones, por lo tanto, deben tomarse con cuidado, pues solo toma 3 años para caracterizar la etapa de repliegue. Sin embargo, es posible que la tendencia que muestran los datos disponibles, se mantenga.

¹⁰ Las ciudades consideradas son Arauca, Armenia, Barrancabermeja, Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Cartagena, Cúcuta, Florencia, Ibagué, Medellín, Miraflores, Mitú, Mocoa, Neiva, Pasto, Pereira, Popayán, Riohacha, San José del Guaviare, Santa Marta, Valledupar, Villavicencio, Yopal. Para ser escogida, la ciudad tenía que ser capital de departamento o podía ser una ciudad que fuera considerada un importante centro de desarrollo, actividades diversificadas, entre otros. El único caso que no es capital departamental, pero que cumple el segundo criterio es Barrancabermeja, importante ciudad petrolera de Colombia, ubicada en la región del Magdalena Medio.

Conclusiones

¹ Para conocer con mayor nivel de detalle la clasificación y diferencia entre los mecanismos ambientales, cognitivos y relacionales, Tilly (2007) es la mejor referencia.

² Tilly (2007) sostiene, además, en relación con las motivaciones que “emitir este tipo de juicios es siempre una cuestión arriesgada en el análisis político, más todavía cuando los actores clave se encuentran confundidos asustados, irritados, drogados o borrachos”

Bibliografía

Abadie, Alberto (2004), "Poverty, Political Freedom, and the Roots of Terrorism", Documento de Trabajo, Harvard University.

Arjona, Ana (2008), "Grupos Armados, Comunidades y Órdenes Locales: Interacciones Complejas", ponencia presentada en seminario de ODECOFI, Cartagena.

Arjona, Ana y Kalyvas, S. (2008), "Preliminary Results of a Survey of Demobilized Combatants in Colombia", Documento de Trabajo [en línea], disponible en: <http://stathis.research.yale.edu/documents/Report5-06.pdf>, recuperado: julio de 2009.

Balcells, Laia (2008), "Behind the Lines: Explaining Direct Violence against Civilians in Conventional Civil Wars", presentado en HiCN Fourth Annual Workshop, Yale University.

Balcells, Laia y Stathis Kalyvas (2007), "Warfare in Civil Wars", preparado para el seminario sobre Orden, Violencia y Conflicto, Yale University.

Bueno de Mesquita, Ethan (2005), "Conciliation, commitment and counterterrorism: A formal model", en *International Organization*, vol. 59, pp. 145-176.

Clarke, Kevin (2005), "The Phantom Menace: Omitted Variable Bias in Econometric Research", en *Conflict Management and Peace Science*, núm. 22, pp. 341-352.

Collier, P. y Hoeffler, A. (1999), "Justice-Seeking and Loot-Seeking in Civil War", trabajo sin publicar, El Banco Mundial.

Corsi, Jerome (1981), "Terrorism as Desperate Game: Fear Bargaining, and Communication in the Terrorist Event", en *Journal of Conflict Resolution*, vol. 25, núm. 1, pp. 47-85.

De Figuereido, R. y Weingast, B. (2001), "Vicious Cycles: Endogenous Political Extremism and Political Violence", Documento de Trabajo, pp. 1-37.

De la Corte, Luis (2006), *La Lógica del Terrorismo*, Madrid, Alianza Editorial.

Díaz, A. y Sánchez, F. (2007), "Geografía de los cultivos ilícitos y conflicto armado en Colombia" en *Las cuentas de la violencia ensayos económicos sobre el conflicto y el crimen en Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes.

Doyle, M. y Sambanis, N. (2000), "International Peacebuilding: A Theoretical and Quantitative Analysis", en *American Political Science Review*, núm, 94 vol. 4, pp. 779-802.

Echandía, Camilo (1996), *Principales tendencias en la evolución reciente de la guerrilla y la violencia en Colombia*, Bogotá, Observatorio de la Violencia.

Echandía, Camilo (2004), "Evolución reciente de la geografía del conflicto armado colombiano", en *Dimensiones territoriales de la Guerra y la Paz*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Echandía, Camilo (2006), *Dos décadas de escalamiento del conflicto armado en Colombia 1986 – 2006*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

Echandía, C. y Bechara, E. (2006) "Conducta de la guerrilla durante el gobierno Uribe Vélez: de las lógicas de control territorial a las lógicas de control estratégico", en *Análisis Político*, núm. 57, pp. 31 – 54.

Eckstein, Harry (1965), "On the Etiology of Internal Wars", en *History and Theory*, vol. 4, núm. 2, pp.133-163.

Elster, Jon (2004) "Kidnappings in Civil Wars", presentado en Conference on the Techniques of Violence in Civil War, PRIO.

Elster, Jon (2007), *Explaining Social Behavior. More Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Cambridge University Press.

Enders, W. y Sandler, T (2006), *The Political Economy of Terrorism*, Cambridge University Press.

Eriksson, M., Wallensteen, P., Sollenberg, M. (2000), "Armed Conflict, 1989-2002", en *Journal of Peace Research*, vol. 40, núm. 5, pp. 593 - 607.

Fearon, James (2002), "Why do some Civil Wars last so much longer than others?", Documento de Trabajo, Stanford University.

Fearon, J., y Laitin, D. (2003), "Ethnicity, Insurgency, and Civil War", en *American Political Science Review* vol. 97, núm. 1, pp. 75–90.

Ferro, Juan y Uribe, Graciela (2002), *El Orden de la Guerra*, Bogotá, CEJA.

Fichtl, Eric (2004), "The Ambiguous Nature of Collaboration in Colombia", en <http://www.colombiajournal.org/colombia181.htm>. Revisado última vez: abril 2009.

Gaitán, F. y Montenegro, A. (2000), "Un Análisis Crítico de Estudios sobre la Violencia en Colombia", preparado para la conferencia "Crimen y violencia: Causas y Políticas de Prevención", Universidad de los Andes.

Galtung, Johan (1969), "Violence, Peace, and Peace Research", en *Journal of Peace Research*, vol. 6, núm. 3, pp. 167-191.

Gambetta, Diego (1993), *The Scicilian Mafia: The Business of Private Protection*, Cambridge, Harvard University Press.

Gibbs, Jack (1989), "Conceptualization of Terrorism", en *American Sociological Review*, vol. 3, núm. 54, pp. 329-340.

González, F, Vásquez, T, y Bolívar, I. (2002), *Violencia Política en Colombia. De la Nación a la Construcción de Estado*, Bogotá, CINEP.

Gronow y Hillpo (1970), "Violence, Ethics and Politics", en *Journal of Peace Research*, vol. 7, núm. 4, pp. 311-320.

Gurr, Ted (1974), *El porqué de las rebeliones*, Editores Asociados, México.

Gutiérrez, Francisco (2004), "Criminal rebels? A discussion of war and criminality from the Colombian Experience", en *Politics and Society*, núm. 32, pp. 257-285.

Hoffman, Bruce (1998), *Inside Terrorism*, Columbia University Press, New York.

Jannsen, Maarten (2006), "Microfoundations", Discussion Paper, Rotterdam, Tinbergen Institute.

Kalyvas, Stathis (2004), "The Paradox of Terrorism in Civil War", en *The Journal of Ethics*, núm. 8, pp. 97-138.

Kalyvas, Stathis (2005), "Warfare in Civil Wars", en J. Angstrom (ed.) *Rethinking the Nature of War*, Abingdon: Frank Cass.

Kalyvas, Stathis (2006), *The Logic of Violence in Civil War*, Cambridge University Press.

Kalyvas, Stathis (2007), "Promises and pitfalls of an emerging research program: the Microdynamics of Civil War", en *Order Conflict and Violence*, Cambridge University Press.

Kalyvas, S. y Sánchez-Cuenca, I. (2004), "Killing Without Dying: The Absence of Suicide Missions", en *Making Sense of Suicide Missions*, Oxford University Press.

King, G., Rosen, O., Tanner, M. (2004), *Ecological Inference, New Methodological Strategies*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kydd, A., y Walter, B. (2002), "Sabotaging Peace: The Politics of Extremist Violence", en *International Organization*, vol. 56, núm.2, pp. 263-296.

Krueger, Alan (2007), *What makes a Terrorist. Economics and the Roots of Terrorism*, New Jersey, Princeton University Press.

Krueger, A. and Laitin, D. (2003), "Kto Kogo?: A Cross-Country Study of the Origins and Targets of Terrorism" Documento de Trabajo [en línea], disponible en: <http://www.krueger.princeton.edu/terrorism3.pdf>, recuperado: 25 de mayo de 2008.

Kurrild-Klitgaard, P., Justesen, M. y Klemmensen, R. (2005), "The Political Economy of Freedom, Democracy and Terrorism", Ponencia presentada en la conferencia The Political Economy of Terrorism, George Mason University.

Lair, Eric (1999), "El Terror: recurso estratégico de los actores armados. Reflexiones en torno al conflicto colombiano".

Lair, Eric (2004), "Transformaciones y Fluidez de la guerra en Colombia: un enfoque militar", en Sánchez, G. y Lair, E., *Violencias y Estrategias Colectivas en la Región Andina*, IFEA-IEPRI, Bogotá.

Laqueur, Walter (1980), *Terrorismo*, Espasa, Madrid.

Leech, Gary (2002), "FARC Targets Local Officials" en <http://www.colombiajournal.org/colombia119.htm>. Revisado última vez: abril 2009.

Lichbach, Mark (1995), *The Rebel's Dilemma*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.

Mantzavinos, Chrysostomos; North, Douglass; Shariq, Syed (2004), "Learning, Institutions, and Economic Performance", en *Perspectives on Politics*, núm. 2, pp. 75-84.

McCarty, Nolan y Meirowitz, Adam (2007), *Political Game Theory*, Cambridge University Press, New York.

McColl, Robert (1969), "The Insurgent State: Territorial Bases of Revolution", en *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 59, núm. 4., pp.613-631.

Oots, Kent (1986), *A Political Organization Approach to Transnational Terrorism*, Greenwood Press, Westport.

Pécaut, Daniel (1999), "Estrategias de paz en un contexto de diversidad de actores y factores de violencia", en: Leal, F., *Los Laberintos de la Guerra*, Bogotá, Tercer Mundo.

Pécaut, Daniel (2008), *Las FARC: ¿Una guerrilla sin fin o sin fines?*, Bogotá, Norma.

Petersen, Roger (2001), *Resistance and Rebellion: Lessons From Eastern Europe*, Cambridge University Press.

Petersen, Roger (s.f) "Miedo y Odio en las Transiciones", Departamento de Ciencia Política, Instituto de Tecnología de Massachussets, EE.UU.

Pontara, Guiliano (1978), "The Concept of Violence", en *Journal of Peace Research*, vol. 15, núm. 1, pp. 19-32.

Ramírez, William (1990), "Guerrilla rural en Colombia: ¿una vía de colonización armada?", en *Estado, Violencia y Democracia*, Bogotá.

Rathbone, Anne y Rowley, Charles (2002), "Terrorism", en *Public Choice*, núm. 111, pp. 1-10.

Restrepo, Jorge; Spagat, Michael, y Vargas, Juan (2003) "The Dynamics of the Colombian Civil Conflict: A New Data Set" [en línea], disponible en: <http://personal.rhul.ac.uk/pkte/126/Documents/Docs/Database%20civil%20war.pdf>

Richani, Nazih (2003), *Sistemas de guerra: la economía política del conflicto en Colombia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Salamanca, M. y Castillo, D. (2005), *Complejidad y Conflicto Armado*, Bogotá, Seguridad y Democracia.

Salazar, Boris y Castillo, Maria del Pilar (2001), *La hora de los dinosaurios: conflicto y predación en Colombia*, Cali, Universidad del Valle.

Sambanis, Nicholas (2004), "What Is Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition", en *The Journal of Conflict Resolution*, núm. 6, vol. 48, pp. 814-858.

Sambanis, Nicholas (2008), "Terrorism and Civil War", en *Terrorism, Economic Development, and Political Openness*, Cambridge University Press.

Sánchez, Fabio; Solimano, A. y Formisano, M. (2005), "Conflict, Violence, and Crime in Colombia", en Collier, P y Sambanis, N., *Understanding Civil War: Evidence and Analysis*, World Bank, Washington D.C.

Sandler, T. y Arce, D. (2005), "Terrorism: A Game-Theoretic Approach" Documento de Trabajo [en línea], disponible en: http://www.be.wvu.edu/div/econ/Seminar%20Series\%20Fall\%202005_files/SandlerPaper.pdf, recuperado: 25 de mayo de 2008.

Sandler, T y Enders, W. (2007), "Applying Analytical Methods to Study Terrorism", en *International Studies Perspectives*, vol. 8, núm. 3, pp. 287-302.

Savitch, H.V. (2005), "An Anatomy of Urban Terror: Lessons from Jerusalem and Elsewhere", en *Urban Studies*, vol. 42, núm. 3, pp. 361–395.

Simpson, Erin (2004), "Explaining Variation in Colombian Counterinsurgency Strategy, 1982-2002", Harvard University, presentado en Conference on the Techniques of Violence in Civil War, PRIO.

Small, Melvin, y David Singer (1982), *Resort to Arms: International and Civil Wars, 1816-1980*, Beverly Hills, Sage Publications.

Stedman, S. (1997), "Spoiler Problems in Peace Processes", en *International Security*, vol. 22, núm. 2, pp. 5-53.

Thornton, Robert (1995), "The peculiar temporality of violence", versión electrónica: <http://www.csvr.org.za/wits/papers/papthorn.htm>

Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Massachussets, Addison-Wesley.

Tilly, Charles (2004), "Terror, Terrorism, Terrorists", en *Sociological Theory*, vol. 22, núm. 1, pp.5-13.

Tilly, Charles (2005), "Terror as Strategy and Relational Process", en *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 46, núm. 1-2, pp. 11-32.

Tilly, Charles (2007), *Violencia Colectiva*, Barcelona, Hacer Editorial.

Trinquier, Roger (1964), *Modern Warfare: A French View of Counterinsurgency*, New York, Praeger.

Uribe, María Teresa (2001), *Nación, ciudadano y soberano*, Medellín, Corporación Región.

Uribe, M. y Vásquez, T. (1995), *Enterrar y Callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993*, Bogotá, Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos.

Vásquez, Teófilo (1999), "Un ensayo interpretativo sobre la violencia de los actores armados en Colombia", en *Controversia*, núm. 175.

Vásquez, Teófilo (2006), "Dinámicas, Tendencias e Interacciones de los Actores Armados en el Magdalena Medio, 1990-2001", en *Conflictos, Poderes e Identidades en el Magdalena Medio, 1990-2001*, Bogotá, CINEP.

Vlassenroot, K. y Raeymaekers, T. (2005), "The Formation of Centres of Profit, Power and Protection. Conflict and Social Transformation in Eastern DR Congo", Occasional Papers, University of Copenhagen.

Waldmann, Peter (2007), *Guerra Civil, Terrorismo y Anomia Social : el caso colombiano en un contexto globalizado*, Bogotá, Grupo Editorial Norma.

Wood, Elisabeth (2003), *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Cambridge University Press.

Wood, Elisabeth (2008), "The Social Processes of Civil War: The Wartime Transformation of Social Networks", en *Annual Review of Political Science*, núm. 11, pp. 539-561.

ANEXO A

Introducción y Metodología

A continuación se presentan los *objetivos* tanto general como específicos propuestos para el desarrollo de la investigación.

Objetivos

- Explicar y describir el uso del terror por parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en los niveles local y nacional.

Para lograr el objetivo general, se propusieron los siguientes objetivos específicos:

- Establecer la relación existente entre la guerra civil y el uso del terror por parte de los grupos armados;
- Hacer una descripción del conflicto colombiano que destaque la importancia de sus dimensiones temporales y territoriales;
- Identificar algunas dinámicas y problemas que surgen a nivel local entre grupos armados como las FARC y la población civil;
- Analizar tres mecanismos que pueden dar origen al uso del terror por parte de las FARC;
- Caracterizar el uso del terror por parte de las FARC, describiendo sus dinámicas temporales y territoriales desde 1975 hasta 2004;
- Explicar las diferencias en el uso del terror por parte de las FARC según los objetivos en la dimensión local o nacional.

ANEXO B

Introducción y Metodología

A continuación se presentan, tal y como fueron formuladas, las hipótesis que hicieron parte de la primera etapa de la investigación. Como se afirmó, dichos ejercicios estadísticos se abandonaron debido no solamente a la imposibilidad de adquirir la variable ‘control territorial’, sino a que las variables sugeridas (democracia, represión, crecimiento, etc.) hacen parte de un marco teórico que no distingue el tipo de confrontación en la que se sitúa el terror.

Modelos e Hipótesis

Para cada una de las variables utilizadas, se pretende construir un modelo OLS simple con el fin de observar el comportamiento individual de cada uno de dichos predictores y su relación con el uso del terror. Asimismo, se procederá a desarrollar un modelo multivariado que permita excluir las variables que no tienen peso significativo e incluir en dicho modelo aquellas que presentan un aporte significativo a la varianza. A continuación, se presenta la ecuación del modelo multivariado, seguido de cinco hipótesis correspondientes a las distintas variables.

$$TERRORISMO = \beta_0 + \beta_1(CRECIMIENTO\ ECONÓMICO) + \beta_2(GASTO\ MILITAR) + \beta_3(REPRESIÓN) + \beta_4(ELECCIONES) + \beta_5(DEMOCRACIA) + \varepsilon$$

Hipótesis 1: El alto grado de incidentes terroristas en Colombia está relacionado con altos niveles de crecimiento económico.

Esta hipótesis es una de las más desarrolladas en la literatura sobre violencia política. El sentido de la relación que se propone es positivo, prediciendo altas tasas de terrorismo cuando el crecimiento económico del país es alto. Esta predicción es problemática, dado que no existe consenso entre teóricos de la privación relativa y la elección racional sobre la relación existente, así como también existen problemas a la hora de interpretar los datos. Abadie (2004) no encontró relación entre terrorismo y crecimiento económico al introducir otras variables de tipo político, geográfico y lingüístico. Sin embargo, apoyando la relación aquí propuesta, Sambanis (2008) argumenta que la evidencia de estudios cuantitativos sugiere una robusta relación negativa entre ingresos y la gran mayoría de formas de violencia política, a excepción del terrorismo. La relación propuesta en esta investigación es positiva, porque una de las tácticas del terrorismo en Colombia ha consistido en atacar infraestructura

relacionada con actividades económicas. La razón, como puede ser evidente, consiste en desestabilizar las actividades de dicho campo cuando existe una línea de crecimiento económico:

Hipótesis 2: La alta incidencia del terrorismo en Colombia está relacionado con el aumento del gasto militar

El terrorismo, en ciertas ocasiones, tiende a aumentar cuando aumenta el gasto militar. La relación sugiere un componente estratégico, al considerar el acto terrorista como una respuesta al aumento de gasto militar, sin descartar en lo absoluto la relación inversa. Lapan y Sandler (1988) han encontrado que, independientemente del monto del gasto militar, el actor atacará y llevará a cabo actos terroristas cuando aumentan la probabilidad de éxito del ataque o cuando la probabilidad percibida de una capitulación del gobierno aumenta. Asimismo, dado que el terrorismo supone algunas veces, la transmisión de un mensaje, la relación positiva que se predice aquí puede explicarse por el intento de enviar un mensaje del cual se deriva un beneficio, por ejemplo, reafirmar la posición y demostrar la todavía fuerte presencia del actor:

Hipótesis 3: Los incidentes terroristas en Colombia aumentan cuando el régimen político es semirepresivo.

Gurr (1974) fue el primer proponente de la relación no-monotónica entre la represión del gobierno y la violencia política que surge en eventos como las rebeliones. A partir de ahí, ha sido una de los hallazgos más importantes de la privación relativa y la elección racional para explicar la violencia política doméstica, pero dado que las rebeliones, motines, etc. difieren de la violencia terrorista, la pregunta radica en saber si dicha relación se mantiene en el terrorismo. Trabajos como el de Abadie (2004) encuentran efectivamente que la relación cuadrática entre terrorismo y represión gubernamental se mantiene. El argumento fundamental planteado en dichos trabajos es que la violencia es mayor en sistemas semirepresivos porque en sistemas altamente represivos, la movilización de recursos no es posible y el comportamiento fuertemente coercitivo disuade a los actores de la acción. En sistemas con bajos índices de represión, por otra parte, la posibilidad de utilizar otros medios es posible y no es necesario incurrir en tan altos costos. La hipótesis presentada, entonces, predice dicha relación no-monotónica para el caso del terrorismo llevado a cabo por las FARC:

Hipótesis 4: La existencia de procesos electorales en Colombia está relacionada con mayores grados de terrorismo.

Los procesos electorales son momentos vitales de los sistemas democráticos en los que se expresan las preferencias individuales de manera agregada sobre alternativas políticas distintas. Como tal, expresan el grado de compromiso que los ciudadanos tienen con la democracia y se constituyen en momentos importantes para que las instituciones muestren o no la legitimidad que las respalda. En este contexto, el terrorismo es una forma para imponer costos sobre el régimen presente con el fin de

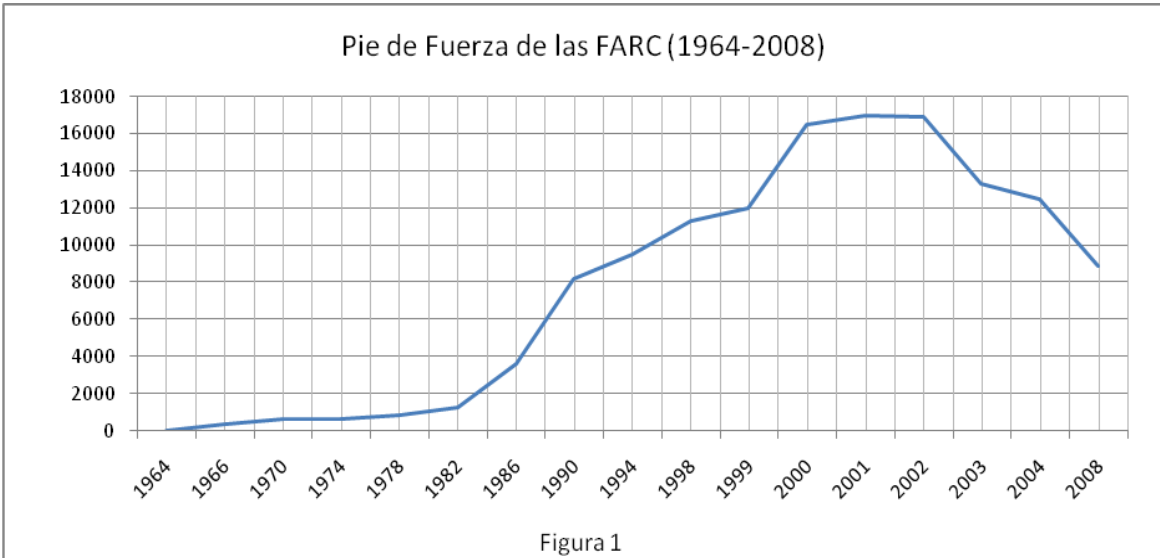
provocar capitulaciones o arreglos en las más importantes dimensiones de la política (de Figueredo y Weingast, 2001). En algunos casos, como afirma Oots (1986), los terroristas utilizan esta estrategia como una forma para obtener concesiones. Evidentemente, para que esto ocurra debe existir suficiente probabilidad de que sea una amenaza creíble para que logren lo que desean. La siguiente hipótesis predice que el terrorismo en Colombia tiene una relación positiva con la existencia de procesos electorales:

Hipótesis 5: Existe terrorismo independientemente de los niveles de democracia colombiana.

En la literatura sobre terrorismo doméstico no existe abundante referencia a la democracia como variable independiente (Kurrild-Klitgaard, et. al., 2005; Sambanis, 2008), de modo que resulta interesante observar si existe o no un tipo de relación entre ambas. La hipótesis que se sugiere es que el terrorismo se da en Colombia independientemente de si existen altos o bajos niveles de democracia, lo que permitiría afirmar que la violencia política radical busca modificar situaciones y comportamientos que no tienen que ver con el mejoramiento de la democracia. Si bien el terrorismo puede aparecer en momentos en los que se desarrollan expresiones democráticas, tal como establece la hipótesis 4, dichas actuaciones no pretenden ser una estrategia para mejorar los niveles de democracia.

ANEXO C

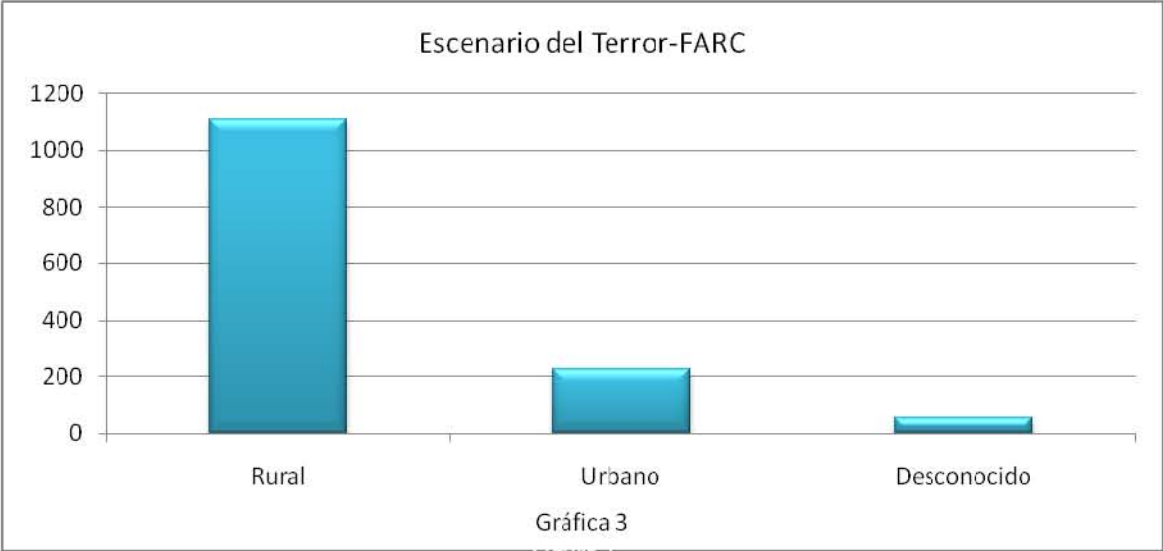
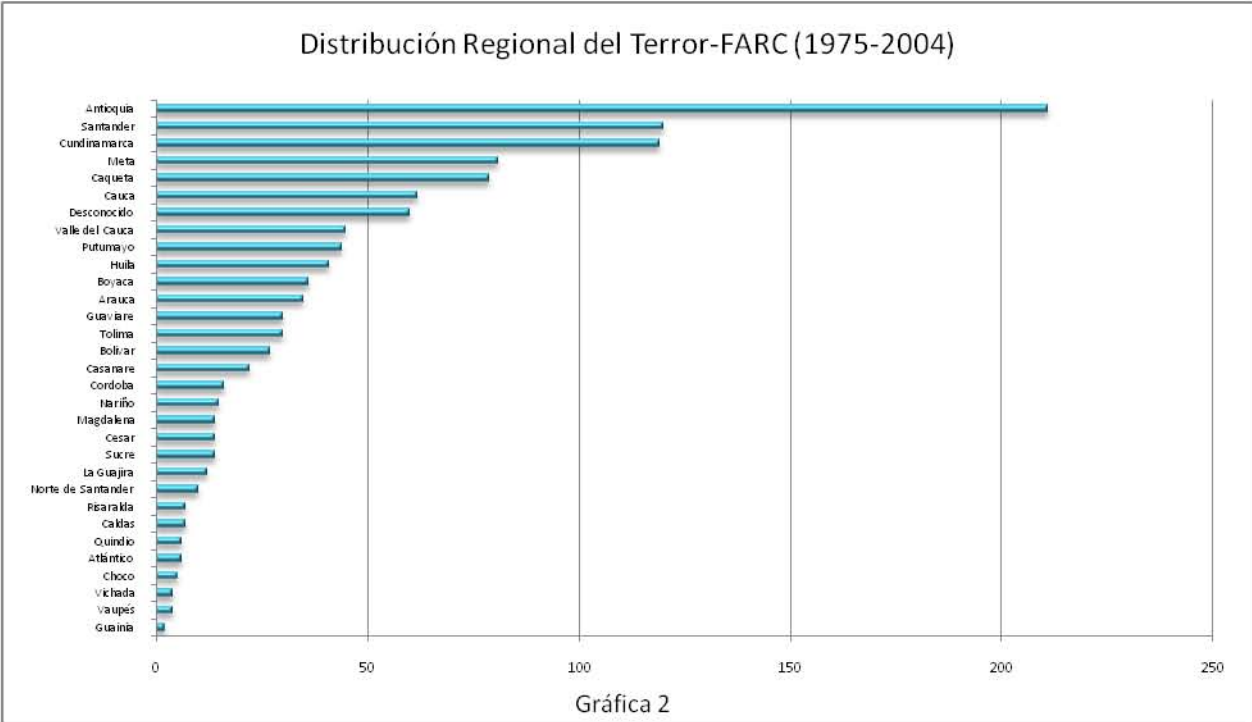
Capítulo II

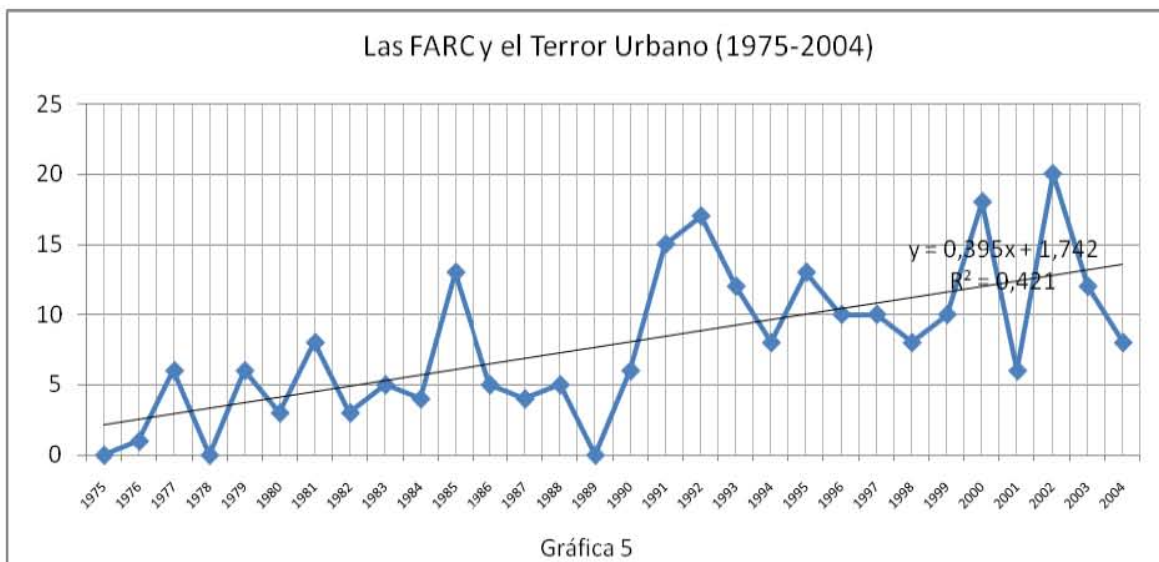
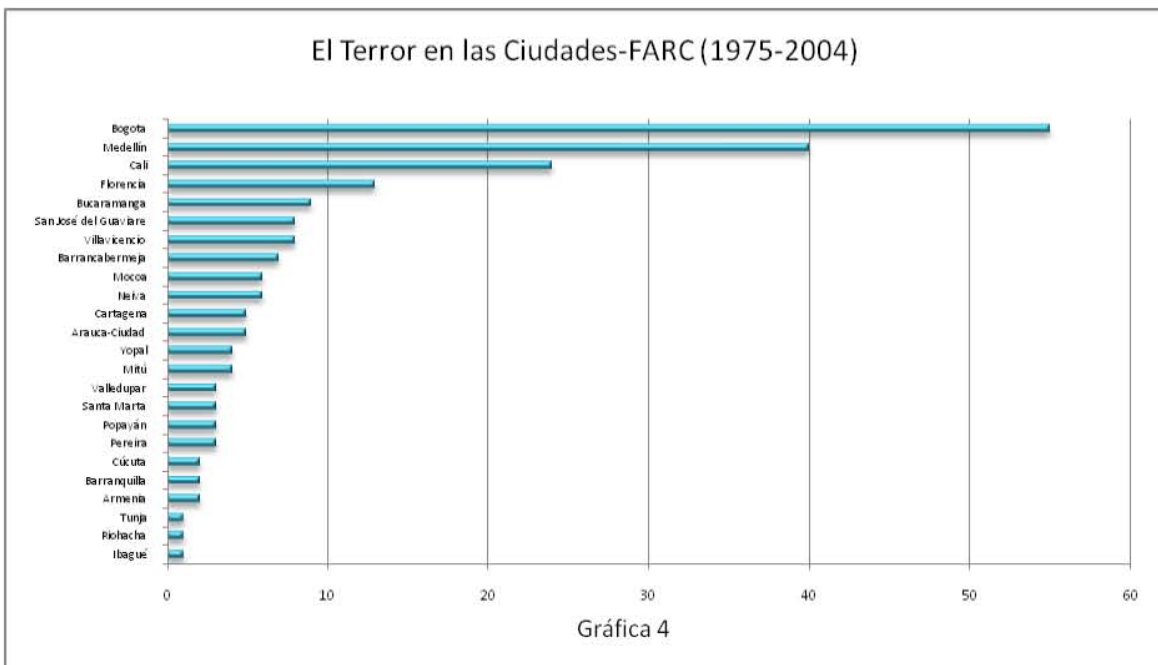


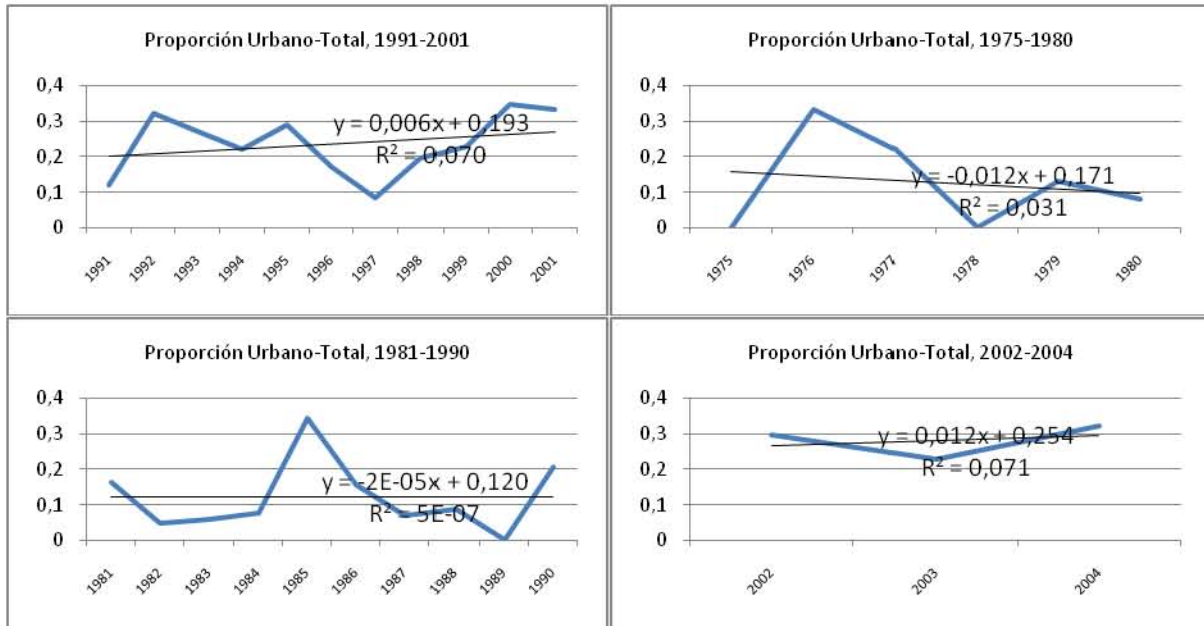
ANEXO D

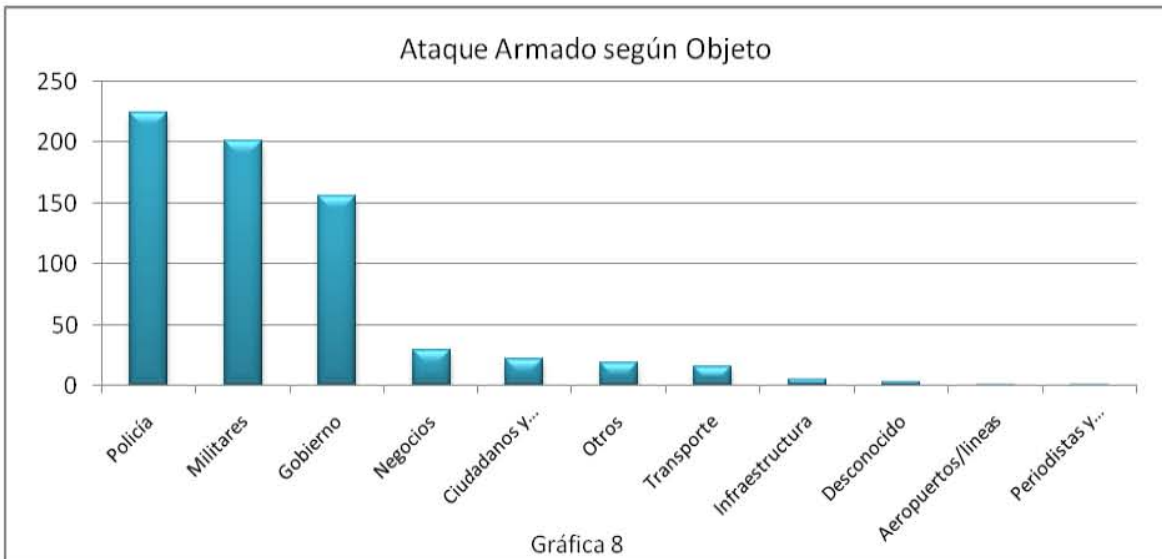
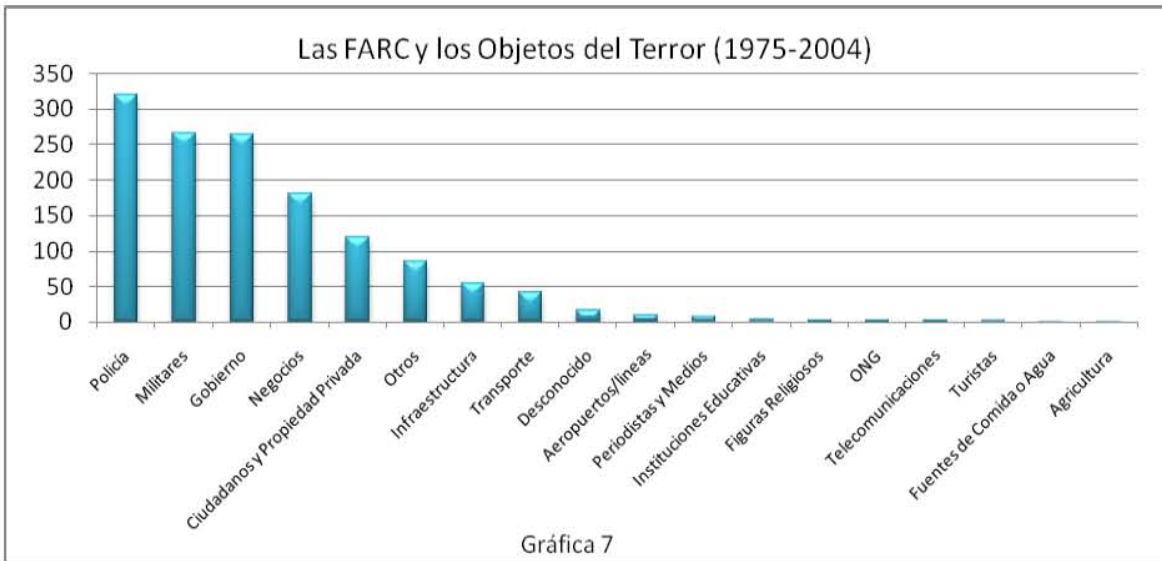
Capítulo III- Gráficas 1-11

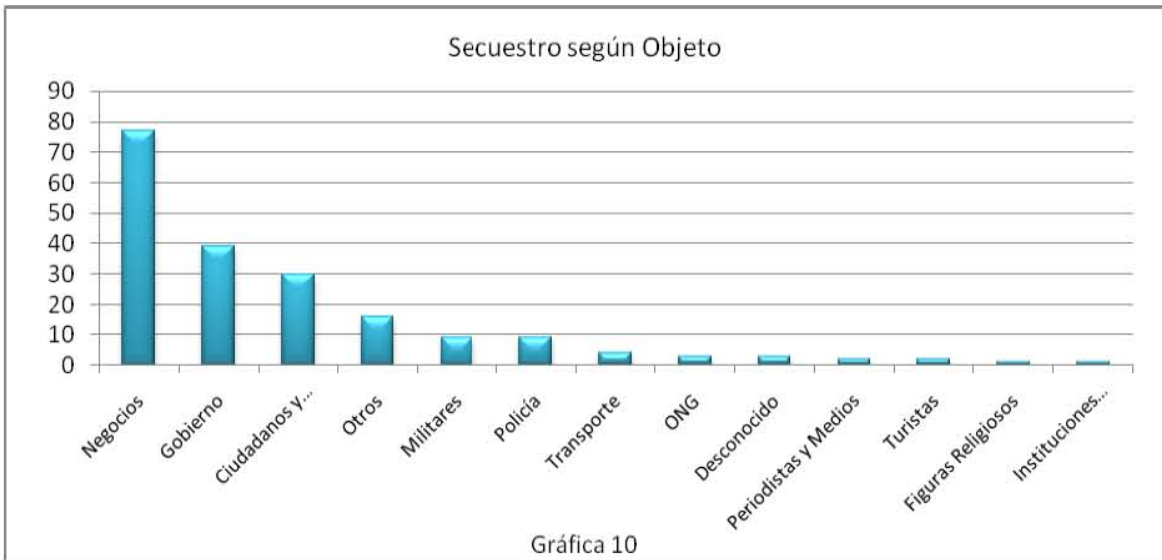
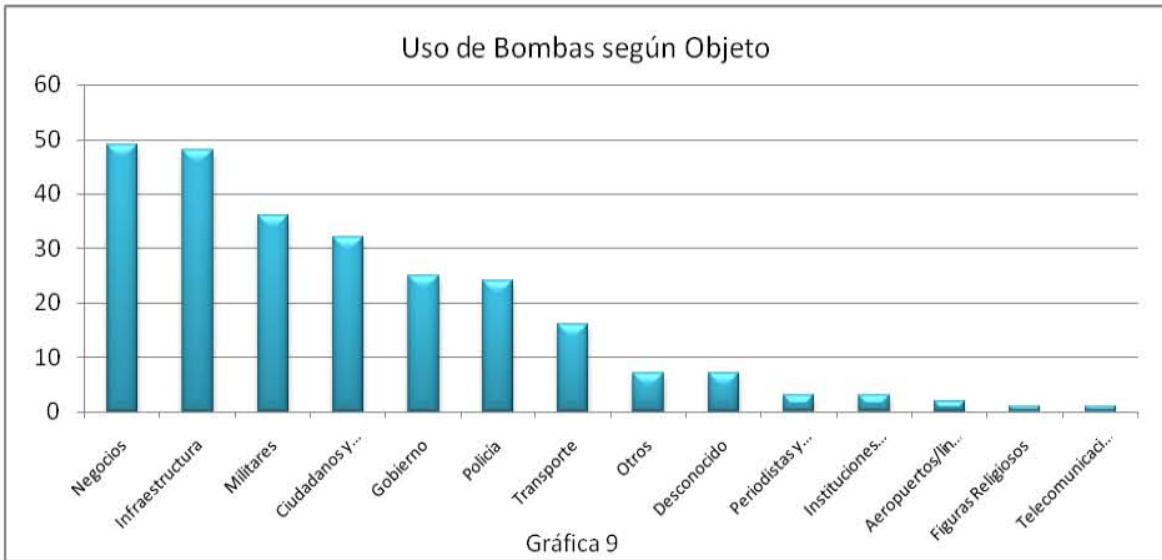


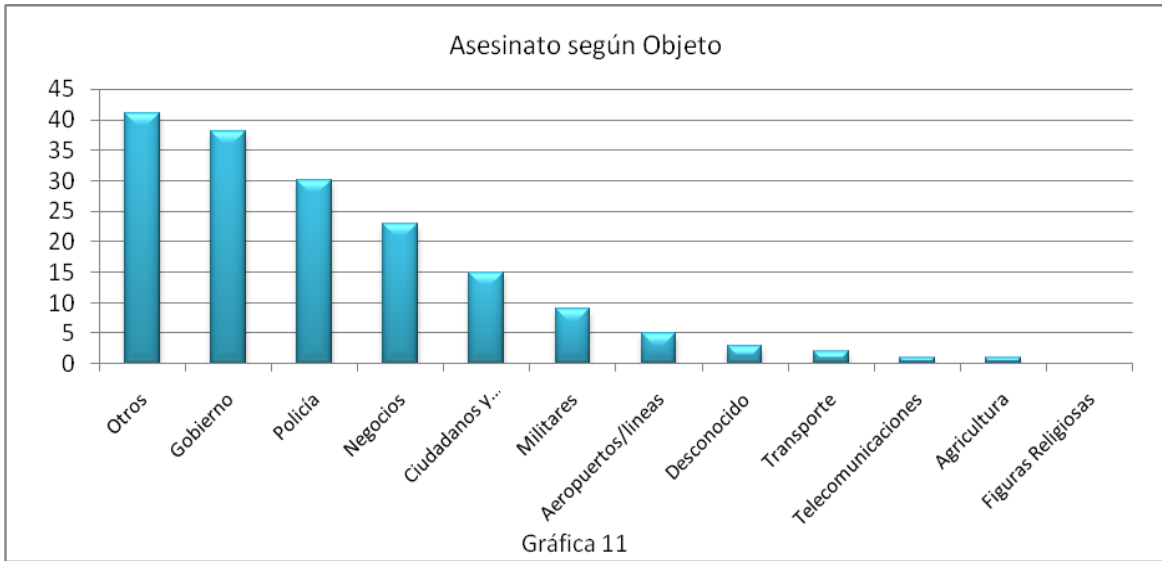












ANEXO D

Capítulo III- Tablas 1-2

		Escenario		Total
		RURAL	URBANO	
Tipo de Ataque	Ataque Armado	608 54,8%	59 26,6%	667 50,1%
	Asesinato	145 13,1%	17 7,7%	162 12,2%
	Basic Assault	56 5,0%	21 9,5%	77 5,8%
	Bombas	137 12,4%	96 43,2%	233 17,5%
	Secuestro	157 14,2%	23 10,4%	180 13,5%
	Otros	6 ,5%	6 2,7%	12 ,9%
	Total	1109 100,0%	222 100,0%	1331 100,0%

Tabla 1. Tipo de Tática según Escenario

		Escenario		Total	
		RURAL	URBANO		
Tipo de Objeto	Negocios	127 11,5%	48 21,5%	175 13,1%	
	Gobierno	226 20,4%	32 14,3%	258 19,4%	
	Militares	219 19,7%	24 10,8%	243 18,2%	
	Policia	264 23,8%	53 23,8%	317 23,8%	
	Ciudadanos y Propiedad Privada	90 8,1%	22 9,9%	112 8,4%	
	Infraestructura	45 4,1%	7 3,1%	52 3,9%	
	Figuras Religiosos	2 ,2%	1 ,4%	3 ,2%	
	Aeropuertos/lineas	7 ,6%	2 ,9%	9 ,7%	
	ONG	3 ,3%	0 ,0%	3 ,2%	
	Otros	72 6,5%	12 5,4%	84 6,3%	
	Periodistas y Medios	5 ,5%	2 ,9%	7 ,5%	
	Telecomunicaciones	3 ,3%	0 ,0%	3 ,2%	
	Fuentes de Comida o Agua	0 ,0%	1 ,4%	1 ,1%	
	Turistas	0 ,0%	1 ,4%	1 ,1%	
	Transporte	34 3,1%	8 3,6%	42 3,2%	
	Agricultura	1 ,1%	0 ,0%	1 ,1%	
	Desconocido	10 ,9%	7 3,1%	17 1,3%	
	Instituciones Educativas	1 ,1%	3 1,3%	4 ,3%	
	Total		1109 100,0%	223 100,0%	1332 100,0%

Tabla 2. Tipo de Objeto según Escenario